ORESTES ARAÚJO

NUEVA HISTORIA DEL URUGUAY

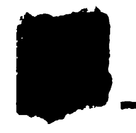
SEGUNDA PARTE

A. MONTEVERDE Y CIA.
Editores
CALLE 25 DE MAYO, 263; Esq. TREINTA y TRES
MONTEVIDEO
1909



NUEVA HISTORIA DEL URUGUAY





Tip. y Lit. Moderna: calle Cerrito 296 - 298

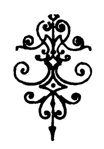
ORESTES ARAÚJO



NUEVA

HISTORIA DEL URUGUAY

(SEGUNDA PARTE)



A. MONTEVERDE y Cía., Editores
Librería Americana
Calle 25 Mayo 263, esq. Treinta y Tres
MONTEVIDEO
1909

INDICE

DE LA

SEGUNDA PARTE

Págs.

NUEVA HISTORIA

DEL

URUGUAY

CAPÍTULO XIV

Revolución de Mayo

SUMARIO: —114. Liniers y Elío.— 115. Baltasar Hidalgo de Cisneros.— 116. La semana de Mayo. — 117. Reconocimiento del Gobierno de Regencia. — 118. Fusilamiento de Liniers y rompimiento con Buenos Aires.

114. LINIERS Y ELÍO. — Después de la retirada de los ingleses, como Sobremonte había sido destituído del cargo de Virrey del Río de la Plata, y Ruíz Huidobro estaba en Inglaterra, don Santiago Liniers fué nombrado en sustitución del primero, y designado para Gobernador de Montevideo el coronel don Francisco Javier de Elío.

Estos dos personajes no guardaron nunca la harmonía y concordia que debe reinar entre todas las autoridades, y sus rivalidades fueron en aumento una vez que aquí se supo que Napoleón I había obligado á Carlos IV á que

abdicase sus derechos en favor de su hijo Fernando VII, á quien Bonaparte tenía secuestrado en Bayona mientras colocaba en el trono de España á su hermano José I; afrenta que no quisieron soportar los españoles, sublevándose contra el usurpador y creando Juntas para que gobernasen el reino.

Liniers, que era francés, aunque estaba al servicio de España, se abstuvo de jurar fidelidad al rey Fernando, pero tampoco la prestó á Napoleón, y dió un manifiesto aconsejando al pueblo que aguardara el desarrollo de los acontecimientos para adoptar la resolución que se considerase más conveniente.

Elío contestó á la proclama de Liniers afeándole su indecisión, y fundándose en las pocas simpatías que demostraba por la causa española, lo invitaba á que dimitiera el cargo de Virrey, el cual, viendo desconocida su autoridad, depuso á Elío y nombró para que lo sustituyese al capitán de navío don Juan Angel Michelena, aunque fué grande el desengaño de éste cuando vió que ni Elío, ni el Cabildo, ni la guarnición de Montevideo se resolvían á aceptarlo como Gobernador, fundándose en que si España carecía de rey, había cesado la autoridad de quien lo representaba, que era el virrey.

El vecindario de Montevideo, á su vez, hizo causa común con sus autoridades, y constituyéndose en Cabildo abierto resolvió, el 21 de Septiembre de 1808, desobedecer la autoridad del virrey y elegir una Junta de Gobierno presidida por Elío, como así se hizo el mismo

día, desde el cual el Uruguay tuvo autoridad propia, con prescindencia de Buenos Aires, aunque sujeto á la dominación española, hecho que hoy se considera como el primer paso de su evolución política.

El partido español de la ciudad vecina quiso hacer lo propio provocando la renuncia de Liniers, pero el elemento criollo anuló los planes de los peninsulares, y poniéndose del lado del virrey, lo obligó á continuar en el mando á la vez que adquiría inmensa preponderancia sobre los enemigos de Liniers.

Las quejas, protestas y recriminaciones que de unos y ótros llegaban á España decidieron á la Junta Central de Sevilla, que había reasumido el más alto poder del Estado, á disolver la Junta de Montevideo y sustituir á Liniers con el Brigadier don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y á Elío con el Mariscal don Vicente Nieto; pero como éste fuese trasladado á Chuquisaca, Elío continuó en Montevideo hasta Abril de 1810 en que se retiró á España.

115. Baltasar Hidalgo de Cisneros. — El nuevo virrey se preocupó inmediatamente de restablecer el orden en la administración de estas colonias y allegar recursos para que el gobierno del Virreinato no fuese nunca una carga pesada para sus moradores; medió entre realistas y patriotas á fin de que desapareciesen los resentimientos que se iniciaban entre ellos, é hizo una administración honesta, liberal y progresista, siendo el mejor acto de su gobierno la declaración de libertad abso-

luta de comercio, con cuya medida colocaba á los territorios del Río de la Plata en mejores condiciones mercantiles que las mismas provincias españolas.

116. La semana de Mayo. — Hacia mediados de Mayo de 1810 se supo en Buenos Aires que las tropas napoleónicas habían penetrado en Andalucía, y que, viéndose la Junta Central de Sevilla obligada á disolverse, resolvió dejar instalado en Cádiz un Consejo llamado de Regencia, dando simultaneamente un manifiesto en que aconsejaba á las colonias españolas que se declararan independientes antes que sujetarse al dominio de Napoleón.

El día 18 del mencionado mes procedió Hidalgo á lanzar un bando en que anunció la triste situación de la Península y comunicando al pueblo que ninguna medida tomaría sin el concurso de la voluntad del vecindario al que, de paso, aconsejaba que en tan solemnes momentos se manifestara prudente y circunspecto, pero el 19 se constituye una junta secreta, compuesta de criollos, la que el 20 se reune para solicitar del Cabildo la celebración de una reunión popular á fin de que se declare caduca la autoridad del virrey, y á la vez acuartela las tropas en previsión de que éste pretenda resistirse mediante el empleo de la fuerza; pero Cisneros, que fácilmente se da cuenta de la gravedad de las circunstancias, hace saber á los jefes del movimiento revolucionario que él, por su parte, no se opondrá en ninguna forma á lo que el pueblo resuelva, y así lo hace, en efecto, autorizando el 21 la convocación de un Cabido abierto.

Reunido éste el 22, después de una sesión borrascosa en la que los dos grandes partidos en que se dividía la opinión pública,—criollos y metropolitanos,—aspiraban á que prevaleciesen sus respectivas ideas, se declara caduca la autoridad del virrey, autorizándose al Cabildo para designar una Junta de Gobierno que se encargue de elegir diputados en todo el país, los cuales constituirían el Congreso General que determinaría la forma de gobierno que había de adoptarse, pero como el elemento español predominase, al día siguiente, 23, el Cabildo acuerda la continuación del virrey en el mando.

Esta audaz resolución del Cabildo llenó de inquietud y alarma á los patriotas, que resolvieron hacer el último esfuerzo en favor de la causa que defendían. Merced á su actitud resuelta, aquella corporación reaccionó, nombrando por fin el día 24 una Junta compuesta de criollos y peninsulares, de la cual sería presidente don Baltasar Hidalgo de Cisneros, de modo que, con otra denominación gerárquica, éste continuaría gobernando el país.

Apenas se supo la inesperada resolución del Cabildo, el pueblo se congregó frente al edificio en que aquella corporación celebraba sus sesiones, exigiendo la perentoria y terminante abolición del virreinato y el nombramiento de una Junta de gobierno genuinamente revolucionaria, á lo cual no tuvieron más remedio que acceder los cabildantes. Así fué como el día 25 el vecindario de Buenos Aires pudo saludar á sus nuevas autoridades

encarnadas en las personas de Cornelio Saavedra, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Miguel Ascuénaga, Manuel Alberdi, Domingo Mateu, Juan Larrea, Juan José Passo y Mariano Moreno, todos americanos y patriotas.

«Seguidamente, hincados de rodillas y poniendo la mano derecha sobre los santos Evangelios, prestaron juramento de desempeñar legalmente el cargo, consevar íntegra esta parte de América á nuestro Augusto Soberano el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores, y guardar puntualmente las leyes del reino». [1]

Esto, que realmente es una contradicción, respondía al prudente y humanitario propósito de impedir que chocaran de un modo sangriento españoles y criollos, pero es indudable que el espíritu de la revolución de Mayo tendía á la libertad y á la emancipación del pueblo argentino.

117. Reconocimiento del Gobierno de Regencia.—Inmediatamente que estos sucesos fueron sabidos en Montevideo su gobernador interino, el Brigadier don Joaquín de Soria, se apresuró á reconocer el Consejo de Regencia instalado en Cádiz, cuya conducta imitaron las autoridades, contra la voluntad de los pohombres de la revolución de Mayo que esperaban que el vecindario de esta ciu-

(1) **Acta del juramento y toma de posesión de la nueva Junta Provisoria Gubernativa. Buenos Aires, á 25 de Mayo de 1810.**

dad se plegara á ellos; pero, viendo que no sucedía así, enviaron á don Juan José Passo á fin de que, entrevistándose con el Cabildo de Montevideo, consiguiese algún arreglo satisfactorio á los planes de los patriotas argentinos. La respuesta de Cabildo fué, sin embargo, negativa, manifestando, en nombre de criollos y españoles, que el único arreglo posible era el roconocimiento del Consejo de Regencia de parte de los habitantes de Buenos Aires.

118. FUSILAMIENTO DE LINIERS Y ROMPIMIENTO CON BUENOS AIRES. — Entre las medidas adoptadas por los hombres de la revolución de Mayo una fué el envío al interior de un ejército encargado de sofocar cualquier movimiento reaccionario que pudiera estallar por parte del elemento metropolitano, como así sucedió, en efecto, pues al poco tiempo Liniers levantaba en Córdoba el estandarte de la resistencia, pero habiendo caído, él y sus parciales, en poder del ejército del interior, la Junta de Buenos Aires ordenó que fuesen fusilados cumpliéndose esta cruel y sangrienta orden en el paraje llamado Cabeza del Tigre, provincia de Córdoba. El único de los compañeros de Liniers que se salvó de esta hecatombe superflua, que manchó para siempre la pureza de la revolución de Mayo, fué el obispo Orellana, á quien se perdonó la vida en atención á su carácter sacerdotal.

En Octubre del mismo año llegaba á Montevideo, procedente de España, el Mariscal de Campo don Gaspar Vigodet, nombrado Go-

bernador, y poco después regresaba Elío, investido por el Consejo de Regencia con el cargo de virrey del Río de la Plata, siendo su primer acto exigir de la Junta revolucionaria de Buenos Aires que lo reconociese en tal carácter, pero habiéndose negado á ello aquella Corporación, el 13 de Febrero de 1811 Elío declaró la guerra á Buenos Aires, que ésta aceptó, preparándose unos y otros á una lucha verdaderamente fratricida.

CAPÍTULO XV

Sublevación de Artigas

SUMARIO : — 119. Quien era José Artigas. — 120 Grito de Asensio. — 121 Batalla de las Piedras.

119. Quien era José Artigas. — D. José Artigas nació en Montevideo el 19 de Junio de 1764 siendo sus padres don Martín José Artigas y doña Francisca Armas. Su abuelo paterno fué uno de los primeros pobladores de Montevideo. Alumno del convento de San Francisco recibió la mejor educación que en aquellos tiempos se podía dar á la juventud uruguaya, dedicándose, todavía adolescente, á trabajos de campo, hacia los cuales se sentía naturalmente inclinado.

Durante el Gobierno de Olaguer y Feliú, Artigas principió su carrerra pública ingresando como teniente en el cuerpo de Blandengues, en el cual prestó muchos é importantes servicios á los habitantes de la campaña persiguiendo á los contrabandistas, los vagos, los indios rebeldes y los malhechores, de tal manera, que los hacendados tenían en Artigas al defensor más decidido de sus vidas é intereses. Esta actitud y el celo que demostró en el desempeño de varias comisiones oficiales que se le confiaron, le valieron el ser ascendido á capitán del cuerpo mencionado.

Militando en él durante las invasiones inglesas, sirvió á las órdenes de Sobremonte, pero en vez de seguir á éste, después de la acción del Buceo volvió á la plaza, y actuó en el combate del Cristo y en la defensa de Montevideo, hasta que, rendida ésta, Artigas se retiró á la campaña desde la cual continuó hostilizando á los invasores mientras duró su efímera dominación. Terminada ésta, volvió á su vida normal con gran satisfacción de las principales autoridades españolas, que le tenían en grande estima por su honorabilidad, rectitud y celo.

Sin embargo, las ideas de los hombres de la revolución de Mayo no dejaron de trabajar su espíritu inclinándolo, como era natural, á abrazar la nueva causa, tan en relación con su carácter, de modo que, aprovechando un incidente que tuvo en la Colonia con su jefe inmediato el Brigadier Muesas, desertó de las filas españolas y cruzando el río de la Plata fué á ofrecer el concurso de su influencia y de su brazo á la Junta revolucionaria de Buenos Aires, la cual lo aceptó de buen grado.

120. Grito de Asensio. — Auxiliado por los prohombres de la revolución de Mayo Artigas inició sus trabajos encaminados á producir un levantamiento en la Banda Oriental, siendo los primeros en sublevarse Pedro Viera y Venancio Benavídez, quienes reuniendo unos 100 paisanos, mal armados pero bien resueltos, dieron el grito de libertad á orillas del arroyo Asensio Grande, en el de-

partamento de Soriano, el día 28 de Febrero de 1811, apoderándose inmediatamente de Mercedes y Santo Domingo, para continuar después arrastrando á la revolución á otros muchos núcleos poblados de la campaña, en cuyos trabajos fueron eficazmente secundados por el comandante Román Fernández.

En conocimiento Artigas del feliz resultado de esta iniciativa, solicitó de la Junta revolucionaria la protección que se le había ofrecido para proseguir sus planes de emancipación, confiriéndole el grado de teniente coronel, y facilitándole armas, dinero y 150 soldados, al frente de los cuales desembarcó en la Calera de las Huérfanas, departamento de la Colonia, el día 9 de Abril, dirigiéndose inmediatamente á Mercedes en donde estableció su cuartel general.

La chispa revolucionaria cundió por la campaña, no habiendo distrito en que sus habitantes no fuesen á engrosar las filas de los patriotas robusteciendo la acción de Artigas que muy pronto dispuso de varias divisiones en todos los ámbitos del país. Así quedaron rotas las hostilidades entre españoles y americanos cuyas armas chocaron en el Colla (Rosario) del cual se apoderaron fácilmente estos últimos, como se apoderaron, después de la acción del Paso del Rey, de la ciudad de San José, en cuyo encuentro fué mortalmente herido Manuel Artigas, primo hermano del libertador uruguayo.

121. Batalla de las Piedras. —A estas acciones de guerra siguieron otras por las

comarcas del Este, donde dirigía el movimiento revolucionario Manuel Francisco Artigas, quien en pocos días se apoderó de Maldonado, San Carlos, Minas y la fortaleza de Santa Teresa para después incorporarse á su hermano que con el grueso del ejército que había logrado reunir marchaba sobre la capital. La incorporación se efectuó en el departamento de Canelones.

Elío, por su parte, envió al capitán de fragata don José Posadas con 1.230 hombres y 5 piezas de artillería para que, situándose en la villa de San Isidro de las Piedras, impidiese que los patriotas se aproximasen á la plaza de Montevideo.

Reunidas las fuerzas de José y Manuel Francisco Artigas, las que sumaban unos 1000 hombres, el día 18 de Mayo de 1811 se encontraron con los realistas en los alrededores del pueblo de las Piedras, donde se dió la batalla que lleva este nombre, de resultados tan brillantes para los primeros, que apenas unos cuantos españoles volvieron á Montevideo, pues el grueso de la división de Posadas cayó prisionero de los patriotas, quedaron 152 individuos fuera de combate y otros se retiraron á sus respectivos domicilios, creando á Elío una situación difícil, ya que las fuerzas derrotadas en las Piedras constituían los mejores cuerpos de que podía disponer el gobernador de Montevideo. Esta jornada le valió á Artigas el grado de coronel, el obsequio de una espada de honor y el aumento de la consideración y el respeto que

ya inspiraban su personalidad, sus ideas y su conducta.

El día 21 del mismo mes Artigas llegó al Cerrito, desde donde intimó á Elío que se rindiese, pero éste, á pesar de no contar ya ni con 500 soldados, ordenó á la persona portadora de la intimación de Artigas, que se retirase inmediatamente, evidenciando así la entereza del carácter español que para cumplir con su deber como patriota no se detiene en reflexionar sobre los recursos de que dispone, ni cuenta el número de sus enemigos.

Artigas, por cuyas venas circulaba también sangre española, asumió actitudes análogas á las de Elío en su breve aunque brillante carrera militar y política, cumpliéndose así la ineludible ley de herencia, como veremos más adelante.

CAPÍTULO XVI

Primer sitio de Montevideo

SUMARIO : — 122. Belgrano, Rondeau y Artigas. — 123. Situación de los realistas. — 124. Armisticio entre Elío y el gobierno de Buenos Aires. — 125. Exodo del pueblo oriental.

122. BELGRANO, RONDEAU Y ARTIGAS. — Con objeto de que el elemento español de los países vecinos no pudiese mancomunarse para impedir el triunfo de la causa revolucionaria, la Junta de Buenos Aires, además de ayudar á Artigas á fin de que fomentara la sublevación de sus paisanos en la Banda Oriental, envió dos expediciones con iguales propósitos; una al Alto Perú y otra al Paraguay, confiando esta última al general don Manuel Belgrano que después de sufrir varias derrotas se vió obligado á retirarse perseguido por españoles y paraguayos.

Fué entonces que los gobernantes bonaerenses dispusieron que Belgrano, con los restos salvados de su desastrosa campaña del Paraguay, se trasladase al territorio uruguayo poniéndose al frente, como general en jefe, del ejército regular que operaba en estas regiones.

Rondeau sería su segundo y Artigas quedaba nombrado jefe de los voluntarios y de-

más tropas irregulares que, mediante su influencia, pudiese reunir. En tal carácter vino Belgrano y estableció su cuartel general en Mercedes, pero como al poco tiempo fué llamado á Buenos Aires para explicar su conducta en el Paraguay, Rondeau lo sustituyó en el mando del ejército de la Banda Oriental. He aquí por qué este general se vino al Cerrito después del triunfo de las Piedras y tomó posesión del mando superior de todas las fuerzas, aunque su venida en nada alteró la situación creada por Artigas.

123. SITUACIÓN DE LOS REALISTAS. -- Tomadas por los patriotas todas las poblaciones del territorio uruguayo y dueños absolutos de la campaña, los realistas sólo disponían del recinto amurallado de la plaza sitiada, de la cual solían desprenderse partidas sueltas que se tiroteaban con los sitiadores, pero sin que estas pequeñas escaramuzas alterasen mayormente la situación respectiva de los combatientes. De éstos, los realistas contaban con mucha artillería de plaza y abundantes pertrechos de guerra, aunque con una guarnición muy reducida, mientras que el ejército sitiador acampado en el Cerrito ascendía á más de 3000 hombres.

El suceso más importante que se desarrolló durante este primer sitió fué el asalto de la isla de Ratas, llevado á cabo con todo éxito por el oficial don Pablo Zufriategui, quien en la noche del 15 de Julio se desprendió de su campamento con 30 voluntarios, y embarcados en tres lanchones sorprendieron la guar-

nición de la mencionada isla, inutilizaron su artillería, hicieron prisionera á la tropa, y una vez que se apoderaron de todas las armas y municiones que los españoles tenían allí almacenadas, regresaron triunfantes al cuartel general donde fueron aclamados por su brillante victoria que les valió, además, un escudo de honor mandado acuñar por el Gobierno de Buenos Aires en recuerdo de tan memorable acción.

También es digna de mencionarse la expulsión de los Padres franciscanos, arrojados de la plaza de orden de Elío en lóbrega noche de un cruel invierno, suceso que fué muy comentado, dadas las ideas religiosas del general español; pero esto mismo da á comprender que la permanencia de los regulares dentro de la plaza sitiada, constituía un verdadero peligro para la causa realista, peligro que Elío estaba en el deber de evitar, aunque fuese mediante el empleo de medios violentos.

124. Armisticio entre Elío y el gobierno de Buenos Aires. — La situación de los españoles de Montevideo se hacía cada vez más crítica. Sujetos á no salir de la plaza, disponiendo de escasas fuerzas, sin esperanzas de recibir auxilios y rodeados de enemigos, no les sería posible sostenerse mucho tiempo más en tan desgraciadas condiciones. Así lo comprendía Elío, quien buscando remedios al mal y tratando de evitar un fatal desenlace para la causa que defendía, solicitó la ayuda de la princesa Carlota, her-

mana de Fernando VII y esposa del rey de Portugal, la que esperanzada en ser declarada reina de los países bañados por el río de la Plata, consiguió introducir en estas regiones un ejército portugués de 5000 hombres al mando de don Diego de Souza, que acampó en Melo, alejando para los hombres de la revolución de Mayo la hora del triunfo definitivo.

He aquí por qué éstos trataron de impedir el avance de las tropas de Souza celebrando un armisticio con Elío, según el cual cesaban las hostilidades entre españoles y americanos, el sitio de Montevideo sería levantado, y los primeros quedaban obligados á hacer que los portugueses repasasen las fronteras del territorio oriental. También se estipuló que ambas partes contratantes reconocían la autoridad de Fernando VII como único y legítimo dueño de los países rioplatenses, quedando el territorio uruguayo sometido al gobierno del Virrey.

125. Exodo del pueblo oriental. — En cumplimiento de este convenio Rondeau levantó el sitio y se ausentó con sus tropas á Buenos Aires, haciendo lo mismo Artigas que al frente de las suyas se encaminó lentamente hacia el interior del país, el cual no estaba resuelto á abandonar mientras el ejército portugués no se hubiese retirado definitivamente, de acuerdo con lo estipulado.

En cuanto á Elío, en la creencia de que con el armisticio de Octubre los asuntos públicos de Montevideo marcharían por buen

camino, procedió á la abolición del Virreinato, dejó el mando en manos del Mariscal de Campo don Gaspar Vigodet y se retiró á España donde luchó con éxito contra las tropas de Napoleón, siendo más tarde fusilado á causa de su participación en un motín militar que fracasó.

Entretanto Artigas proseguía su marcha hacia el norte á fin de cruzar el río Uruguay y situarse en la vecina provincia de Entre Ríos, pero lo hacía con gran lentitud, pues no sólo llevaba consigo á sus tropas sinó que lo seguían infinidad de familias de toda condición social, unos á caballo, otros en carretas, con muebles y ganados de toda especie. Se asegura qne acompañaban á Artigas de 12 á 14 mil personas, que preferían emprender aquella peregrinación antes que someterse á los portugueses. A este movimiento tan patriótico como espontáneo se le llama el *éxodo del pueblo oriental.*

Durante su penosa marcha, las divisiones de Artigas fueron hostilizadas por las tropas de Souza, y aún se dieron algunos combates de los cuales no salieron muy bien librados los intrusos, hasta que después de dos meses de viaje llegaron al Salto, desde cuyo punto cruzaron á Entre Ríos estableciendo su campamento en el paraje llamado Ayuí.

Después de la retirada de Artigas y Rondeau, el cuadro que ofrecía el territorio oriental inspiraba lástima y temor. Sus campos se habían quedado casi desiertos á causa de la ausencia de la mayor parte de la población

rural: sólo estaban habitadas algunas estancias, con peligro de la vida de sus moradores expuestos á los avances de la indiada y las tropelías de los bandoleros, de los matreros y de los vagos. Al amparo de esta soledad, prevalidos de la falta de vigilancia, y, tal vez bajo la tolerancia de los jefes del ejército de Souza que se hallaba acampado en la zona del Este, una nube de contrabandistas y salteadores portugueses trasponían las fronteras, se internaban en las tierras uruguayas y arreaban á la vecina provincias de Río Grande enormes cantidades de ganado que vendían allí á cualquier precio.

Tratando de hacer que cesara semejante estado de cosas, la autoridad española se preocupaba de reorganizar los servicios públicos, interrumpidos con motivo de los últimos acontecimientos que habían trastornado la normalidad de la vida colonial, y de conseguir la retirada del ejército portugués que instalado en Maldonado parecía más dispuesto á avanzar que á retroceder.

CAPÍTULO XVII

Segundo sitio de Montevideo

SUMARIO: — 126. Ruptura del armisticio. — 127. Reorganización del ejército patriota. — 128. Batalla del Cerrito. — 129. Expulsión de Sarratea. — 130. Organización del gobierno de la Provincia. — 131. Decreto contra Artigas. — 132. Mísera situación de la plaza sitiada. — 133. Combates navales. — 134. Rendición de Montevideo.

126. Ruptura del armisticio. — La permanencia del ejército portugués en el territorio uruguayo, estaba fomentada por la princesa Carlota, que no sólo había desautorizado el armisticio de Octubre, sinó que esperaba que los acontecimientos que se desarrollasen en España le proporcionarían más ó menos pronto el gobierno de los países rioplatense: así, pues, convenía á sus planes mantener aquí á Souza y sus divisiones á fin de, en caso necesario, abrir campaña contra los patriotas. Hé aquí por qué siempre fracasaban las gestiones de Vigodet encaminadas á obtener la retirada del general portugués y sus soldados.

Fué entonces que los hombres de la revolución de Mayo resolvieron entenderse directamente con el Príncipe Regente de Portugal, quien envió un comisionado que se puso al habla con el representante del gobierno de Buenos Aires, conviniendo el cese de las hostilidades entre argentinos y portugueses, y

la retirada de uno y otro ejército del suelo uruguayo.

A todo esto se habían producido numerosos conflictos y reclamaciones entre el Gobierno de Buenos Aires y el gobernador Vigodet, conflictos cuyas causas estaban en la lentitud de las marchas de Artigas para trasladarse á Entre Ríos, y en la falta de cumplimiento por parte de la autoridad española, á la cual se culpaba de no haber desalojado á los portugueses, como tenían que haberlo hecho de acuerdo con lo pactado anteriormente con Elío.

Estas recíprocas recriminaciones dieron por resultado el rompimiento del pacto de Octubre por parte de Vigodet quien, siguiendo los consejos del partido de los españoles exaltados, concluyó por declarar la guerra á Buenos Aires, cuyos políticos se prepararon de nuevo para iniciar las hostilidades tan pronto como el ejército de Souza traspusiese la frontera.

127. Reorganización del ejército patriota. — Rotas las relaciones entre Vigodet y el Gobierno de Buenos Aires, y alejadas ya las divisiones portuguesas, don Manuel Sarratea fué nombrado General en jefe de las fuerzas que debían invadir el territorio oriental para recomenzar la lucha con los españoles, pero como estas fuerzas eran las que Artigas había logrado reunir, el nombramiento de Sarratea no fué del agrado del jefe de los orientales, quien, á pesar de todo, ahogó su natural despecho y reconoció la autoridad del general argentino.

La actitud hostil de Artigas para con Sarratea tiene su explicación, si se recuerda que éste había desorganizado el ejército del primero, consiguiendo que algunos batallones se separasen de las filas del caudillo uruguayo para ponerse bajo las inmediatas órdenes del General en jefe, y que una larga serie de intrigas, á las cuales éste no era ageno, colocaban á Artigas en una situación sospechosa ante el Gobierno de Buenos Aires, sin contar con que le mermaban é indisciplinaban sus tropas, reunidas y organizadas á cambio de todo género de sacrificios.

128. Batalla del Cerrito. — El general Rondeau había sido nombrado jefe de la vanguardia del ejército de Sarratea, y poniéndose en marcha con rumbo á Montevideo, fué el primero que llegó al Cerrito el 20 de Octubre de 1812, dejando incomunicada la plaza, por tierra, con el resto del país; pero Vigodet, que acababa de recibir algunos refuerzos del Perú y que esperaba otros de la Península, trató de efectuar una salida antes de que Rondeau aumentase el número de sus tropas; proyecto del cual fué advertido el general argentino, quien se apresuró á comunicárselo á Sarratea á fin de que éste se le incorporase lo más pronto posible, aunque no pudo hacerlo.

En la madrugada del 31 de Diciembre Vigodet, llevando como segundo al Brigadier don Vicente Muesas, salió de la plaza en dirección al Cerrito, al frente de tres divisiones que en conjunto sumarían unos 1500 hombres, y cayendo sobre las avanzadas de ejército patriota

las derrotaron obligándolas á darse á la fuga, aunque absteniéndose de perseguirlas.

Este grave error de Mueses lo pagaron bien caro los españoles, pues, corriendo Rondeau detrás de los fugitivos, los contuvo, reavivó su valor y, reorganizándolos, los condujo de nuevo al combate del que, ayudados por las demás fuerzas, que en total sumarían unos 2000 soldados, consiguieron á su vez el triunfo, al cual contribuyó la muerte de Muesas y la brillante carga de caballería dada por los Dragones Orientales, quienes con su actitud decidida obligaron al enemigo á replegarse sobre Montevideo.

Este memorable hecho de armas, que levantó el espíritu de la causa revolucionaria y quebró la energía del ejército realista, costó á unos y otros 400 bajas, entre muertos y heridos, y cambió la denominación del lugar de la pelea con la de *Cerrito de la Victoria.*

129. Expulsión de Sarratea. — Después de este triunfo, Sarratea llegó al Cerrito é incorporó sus fuerzas á las de Rondeau, mientras que Artigas, con las de su mando, establecía su campamento á orillas del río Santa Lucía, teniendo la satisfacción de ver cómo de día en día se aumentaban sus divisiones con nuevos contingentes de patriotas, al punto de que su ejército alcanzó á contar con 3700 hombres armados y 1000 sin armas.

Fué entonces cuando el Jefe de los Orientales manifestó á Rondeau que no se incorporaría al resto del ejército mientras que Sarratea lo mandase como General en jefe, re-

solución que, bien meditada por los jefes superiores que acompañaban á Rondeau, dió por resultado la separación de Sarratea del mando de las tropas y su inmediato retiro á Buenos Aires, pues tampoco los soldados de Rondeau simpatizaban con Sarratea. Una vez satisfechos los deseos de Artigas, éste se trasladó al Cerrito ocupando su puesto en el campo de las operaciones que desde ese instante adquirieron mayor importancia robustecidas por la poderosa acción de Artigas. También se estrechó el sitio de la plaza, al extremo de no recibir auxilio ninguno, á lo menos por tierra, de suerte que la situación de sus defensores se hizo de día en día más precaria y angustiosa.

He aquí por qué Vigodet trató entonces de atraerse á Artigas, á quien ofreció el empleo de Comandante General de Campaña si se resolvía á separarse del ejército de los independientes; proposición que rechazó con la entereza y dignidad que le eran características.

130. ORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO DE LA PROVINCIA. — Mientras que Rondeau organizaba el sitio de la plaza y estrechaba el asedio, Artigas creyó que era necesario dotar á la Provincia de un Gobierno local, al mismo tiempo que convocaba á los pueblos para que enviasen sus Diputados, quienes resolverían sobre el porvenir político de la tierra natal, por más que estas iniciativas no eran del agrado de Rondeau quien dió á entender que Artigas carecía de suficiente autoridad para proceder así.

Sin embargo, las reuniones preliminares comenzaron en Abril de 1813, resolviéndose el reconocimiento de la Asamblea Nacional y el nombramiento de cinco Diputados, quienes deberían sujetar su conducta á las siguientes instrucciones dadas por el Libertador uruguayo: 1.ª que el sistema del gobierno sería el federal; 2.ª que se promovería la libertad civil y religiosa; 3.ª que tanto el gobierno de la Nación como el de las Provincias se dividirían en tres Poderes: legislativo, judicial y ejecutivo; 4.ª que la Provincia tuviese su Constitución; 5.ª que nadie, sino el Gobierno de la Provincia, pudiese crear impuestos, y otras varias disposiciones encaminadas á regularizar la situación, vida y hacienda de los habitantes del territorio uruguayo.

A pesar de la circunspección con que Artigas había procedido en todos estos trabajos políticos, los Diputados orientales no fueron admitidos en el seno de la Asamblea Nacional, fundando el rechazo en que sus poderes eran insuficientes, lo que decidió al caudillo á salvar los defectos que tuviesen, sin embargo de lo cual los delegados uruguayos fueron rechazados por segunda vez, lo que no dejó de mortificar á Artigas, y más todavía cuando vió que el Gobierno de Buenos Aires autorizaba á Rondeau para que, convocando á los pueblos, éstos procediesen á la elección de nuevos Diputados orientales á la Asamblea Nacional.

Así lo hizo Rondeau, presidiendo la reunión celebrada con tal propósito, á la cual sin embargo no concurrió Artigas, pues entendía

que correspondía á él y no á Rondeau el derecho de iniciar esos trabajos como Jefe de los Orientales y organizador del movimiento separatista de su país natal. La elección de los nuevos Diputados se efectuó en la Capilla de Maciel, pero, á pesar de que Artigas no tuvo ninguna participación en este acto, aquellos representantes del pueblo corrieron igual suerte que los anteriores, es decir, que también fueron rechazados.

Comprendiendo el Libertador que Buenos Aires buscaba un rompimiento con la Provincia Oriental, y justamente resentido por los desaires sufridos, se ausentó del asedio en la noche del 20 de Enero de 1814, seguido por casi todo su ejército, pues hubo algunos jefes que permanecieron firmes en los puestos á ellos confiados.

131. Decreto contra Artigas.—En cuanto el Gobierno de Buenos Aires, representado por don Gervasio Antonio Posadas, tuvo conocimiento de la actitud asumida por Artigas, expidió un decreto declarándolo traidor á la patria, privado de sus empleos, fuera de la ley y ofreciéndo 6000 pesos al que lo entregase, vivo ó muerto, á cuyo feroz y sangriento reto contestó el Jefe de los Orientales declarando la guerra á Buenos Aires. Dispuso enseguida que Otorgués permaneciera vigilando el bajo Uruguay, mientras que él se situaba en el pueblo de Belén y trataba de atraer á su causa las provincias del litoral, como en efecto se las atrajo reconociéndolo inmediatamente por Jefe las de Corrientes y Entre

Ríos, y poco después las de Santa Fe y Córdoba, que ambicionaban también, como el Uruguay, tener un gobierno autónomo bajo el régimen federal.

132. MÍSERA SITUACIÓN DE LA PLAZA SITIADA. — A la vez que se desarrollaban estos trascendentales acontecimientos, de entre los cuales se destaca con todo su brillo la figura moral y política del agitador uruguayo, Rondeau proseguía el asedio de Montevideo cuya situación era cada día más augustiosa y mísera.

El cuadro que á la sazón llegó á ofrecer Montevideo no podía ser más aterrador: familias enteras carecían de lo más necesario; las tropas tenían sus raciones contadas; numerosos pobres arrastraban por calles y plazas sus cuerpos hambrientos y mal cubiertos de harapos; los conventos repartían á las gentes más necesitadas el producto de sus escuetas limosnas; abundaban las enfermedades de todas clases, y raro era el día que el fúnebre tañido de la campana dejase de anunciar la muerte de algún soldado malherido ó la eterna despedida de algún desgraciado famélico.

133. COMBATES NAVALES. — Semejante situación vino á agravarse con el envío de una escuadra que el Gobierno de Buenos Aires había logrado organizar, poniéndola á las órdenes de Guillermo Brown, marino irlandés que habiendo simpatizado con la causa de la revolución de Mayo, se prestó á secundar los propósitos de sus hombres luchando contra los españoles. Esta flota batió la escuadrilla sutil del valiente y pundonoroso marino don

Jacinto Romarate, quien después de defenderse heroicamente se internó en el río Uruguay, de donde ya no pudo salir hasta la caída de Montevideo; se apoderó de la isla de Martín García y derrotó á la altura del Buceo otra escuadra que Vigodet había entregado á don Miguel Sierra, en quien, lamentablemente equivocados, el gobernador español y demás defensores de la plaza, cifraban su postreras esperanzas.

134. Rendición de Montevideo.—La pérdida de la escuadra de Sierra fué un golpe mortal para los defensores de la plaza, que asediados por tierra y sin medios de movilidad por agua para hacerse de provisiones, empezaron á comprender que se aproximaba el momento de la capitulación, con tanto más motivo cuanto que el mismo día que Brown batía la flota española, llegaba al Cerrito el general don Carlos María de Alvear, que reemplazaría á Rondeau en el mando del ejército sitiador, y que, por su carácter atrabiliario, haría más penosa la situación de los realistas encerrados en la mísera ciudad.

En efecto, cansados los heroicos defensores de Montevideo de lo largo de la lucha, perdidas las esperanzas de obtener recursos de la metrópoli, é impotentes por falta de medios para continuar sosteniéndose en la plaza, resolvieron someterse mediante una capitulación honrosa que se firmó el día 20 de Junio de 1814.

Según dicha capitulación, se reconocería por ambas partes contratantes la integridad

de la monarquía española y el legítimo rey don Fernando VII, siendo parte de ella las Provincias del Río de la Plata; que se entregaría la plaza de Montevideo, en calidad de depósito; que la guarnición se retiraría á Maldonado, donde se le facilitarían transportes y víveres para seguir á la Península; que la plaza sería entregada á los dos días de firmada la convención, dándose rehenes; que habría restitución de prisioneros y propiedades secuestradas; que el archivo público sería respetado; que á nadie se molestaría por sus opiniones, y que no se enarbolaría jamás otra bandera que la española.

«Las tropas españolas — dice el señor Bauzá relatando la conclusión de la dominación española en el Uruguay y la mala fe observada por Alvear — evacuaron la ciudad con todos los honores de la guerra, saliendo con banderas desplegadas y cuatro piezas de artillería por el portón de San Juan, en dirección al *Caserío de los Negros*. Alvear, entretanto, verificaba su entrada á la plaza, y una vez en ella, eludía todos los compromisos pactados, desmintiéndose á sí mismo con el mayor descaro. Al firmar la capitulación había comunicado de oficio el hecho al Gobierno de Buenos Aires, pero cuando estuvieron en su poder las fortalezas de Montevideo, no tuvo empacho en manifestar al mismo Gobierno lo siguiente: «Aunque por mis anteriores comunicaciones participé á V. E. que esta plaza se había entregado al ejército de mi mando por capitulación, *no habiendo sido ratificados*

los artículos propuestos para ella (!), resultó que el día 23 del corriente, tomando todas aquellas medidas de precaución que debió sugerirme la frecuente experiencia de la mala fe de su Gobierno, me posesioné de todas sus fortalezas, parques y demás útiles concernientes al fondo público.

«Consecuente con esta violación de la fe pública, fué izado en la ciudadela de Montevideo el pabellón de Buenos Aires, tratados como prisioneros de guerra los soldados españoles, á quienes se quitó sus armas y banderas, enrrolándoles en los cuerpos de Alvear, y á los jefes y oficiales de la guarnición se les ordenó presentarse en la capilla de la Caridad, desde donde fueron enviados á Buenos Aires para que se les confinara á un punto lejano. Se arrestó á Vigodet á bordo de un buque de guerra, despachándole después para Río Janeiro sin más explicaciones. Alvear enseguida comunicó al Directorio el triunfo obtenido, adjuntando por trofeos las banderas quitadas á los cuerpos realistas, y Posadas en cambio le discernió el empleo de Brigadier á él, promoviendo á los demás jefes y oficiales según sus categorías, y premiando al ejército con una medalla conmemorativa de la rendición de Montevideo y el título de *benemérito á la patria en grado heróico* para cada uno de sus individuos. La capitulación de Montevideo trajo como consecuencia la de Romarate, que se entregó con sus buques á las fuerzas de Buenos Aires, bajo honrosas condiciones.»

CAPITULO XVIII

Dominación argentina

SUMARIO:—135. Mala fe de Alvear.—136. Gobierno de Rodríguez Peña.—137. Rehabilitación de Artigas.—138. Nuevas felonías de Alvear.—139. Batalla de Guayabos.—140. Evacuación de Montevideo.—141. Ocupación de Montevideo por los artiguistas.

135. MALA FE DE ALVEAR.—Dueño Alvear de la ambicionada plaza y desalojada ésta por las tropas españolas, Otorgués, que se había mantenido á la altura de las Piedras, reclamó en nombre de Artigas la entrega de la ciudad á los orientales, pero el General argentino contestó amenazando á los parlamentarios, con fusilarlos. Y no satisfecho con semejante acto, atacó á Otorgués de noche y en su propio campamento, poniéndolo en completa dispersión, no siendo mayores las pérdidas de éste debido á la interposición del comandante don Fructuoso Rivera, que salió al encuentro de Alvear con quien se estuvo tiroteando mientras Otorgués escapaba con el resto de su diezmada división.

136. GOBIERNO DE RODRIGUEZ PEÑA.—Don Juan José Durán, que desempeñaba el cargo de Gobernador intendente, fué reemplazado en el mismo cargo por don Nicolás

Rodríguez Peña, cuya administración no pudo ser más funesta para los intereses de la Provincia, pues arrebató y envió á Buenos Aires casi todo el material de guerra dejado por los españoles, consistente en 8200 fusiles, 335 cañones, todas las cañoneras de la flotilla naval y otros varios elementos bélicos, avaluados en más de cinco millones y medio de pesos.

No contento con apoderarse de esta cuantiosa riqueza abrió campaña contra todos aquellos que habían practicado el corso y aun contra el comercio uruguayo, cuyos caudales fueron á parar á manos del nuevo gobierno local. Después el Gobernador intendente se echó sobre las fincas urbanas y rústicas de los habitantes del país y se apoderó del archivo público, terminando por confiscar empresas y negocios productivos y hacerse dueño, en suma, de todo lo existente.

En cuanto á los que estaban con Artigas, ni siquiera se les conce dió el derecho de reclamar, porque se les despojó de lo que tenían, mandando ocupantes á sus tierras, con lo cual aumentó el descontento contra los dominadores, á la vez que Artigas recuperó su antiguo prestigio, amenguado desde la reunión del congreso de Maciel, encontrándose nuevamente rodeado de los jefes que antes lo habían abandonado.

137. Rehabilitación de Artigas.—Aprovechándose de estas disensiones, el General Pezuela trató de atraerse á Artigas en nombre del Virrey del Perú, incitándolo á unirse con

los realistas mediante el ofrecimiento de dádivas, grados y honores, pero consecuente el caudillo oriental con sus propósitos y sentimientos, le contestó al militar español: —*Yo no soy vendible;* frase valiente que hechos posteriores se encargaron de confirmar.

Entretanto el levantamiento á favor de las ideas de Artigas cundía en las provincias del litoral argentino, habiendo sufrido serios descalabros las tropas centralistas enviadas por el Gobierno de Buenos Aires para contenerlo, mientras que los patriotas se disponían también á combatir sin tregua á Alvear, en defensa de la autonomía del territorio oriental.

Comprendió entonces el Director supremo el peligro que corría la causa del centralismo, y tratando de aplacar las naturales iras del caudillo, anuló el decreto en que se ponía á precio la cabeza de Artigas, á quien, al mismo tiempo se declaraba buen servidor de la patria, reponiéndolo en su empleo de coronel del cuerpo de blandengues.

138. Nuevas felonías de Alvear.—Pero, mientras el Director supremo daba este paso, más político que sincero, Alvear organizaba divisiones que lanzaba contra las tropas de Artigas, hasta que habiendo sufrido las primeras algunos reveses, el General argentino pretendió, por medio de una nueva intriga, sorprender la buena fe del caudillo uruguayo. Con tal propósito invitó á Artigas á que le enviase comisionados para la celebración de la paz, y éste, entre crédulo y desconfiado, comisionó á los señores don Tomás García de Zúñiga,

don Miguel Barreiro y don Manuel Calleros á fin de que se entendieran con Alvear, quien los recibió cortésmente, les habló de los beneficios de la paz, les entregó algún dinero para los soldados patriotas y, después de manifestarles que cualesquiera que fuesen las proposiciones de Artigas, él las aceptaría sin modificación, pues estaba resuelto á retirarse con sus tropas á Buenos Aires, dispuso que unos 3000 hombres, que formaban casi la totalidad de la guarnición de Montevideo, se embarcasen en los buques que había disponibles.

Sin embargo, el desalojo del territorio oriental, por parte de las tropas argentinas, no fué más que simulado, pues desembarcando en la Colonia, en vez de seguir hasta Buenos Aires, dispuso que don Manuel Dorrego, que mandaba una división, fuese á combatir á Otorgués, que se encontraba tranquilamente en Marmarajá, confiando en el buen éxito de las negociaciones de paz. Sorprendido éste por la noche, fué completamente vencido, perdiendo toda la artillería y cayendo prisioneros su esposa é hijos, y multitud de familias que lo seguían. En cuanto á Otorgués tuvo que retirarse al Brasil, de donde regresó tan pronto como pudo para continuar prestando su decidido é incondicional contingente al Jefe de los orientales.

139. Batalla de Guayabos. — Razones de carácter político decidieron á Alvear á retirarse del teatro de la guerra, encargando la dirección de ésta al coronel don Miguel Estanislao Soler, si bien eran las fuerzas de Do-

rrego las que se movían en la campaña uruguaya procurando exterminar á las gentes de Artigas. Éste, que tenía su campamento en el departamento del Salto, dispuso que Rivera, Bauzá y otros jefes se concentrasen en aquella zona; y allí fué á buscarlos Dorrego, librándose (10 Enero de 1815) á orillas del arroyo de Guayabos, afluente del Arerunguá, un sangriento combate que dió por resultado el triunfo de Rivera sobre Dorrego, triunfo precursor del final de la dominación argentina.

140. Evacuación de Montevideo. — En efecto, el Gobierno de Buenos Aires comprendió que era necesario hacer las paces con los orientales y entregarles su ansiada libertad, de modo que entabló negociaciones con Artigas, quien impuso el retiro de todas las fuerzas argentinas y la devolución de Montevideo, condiciones que le fueron aceptadas, no sin que, al cumplirlas, las tropas de ocupación realizaran algunos actos censurables, pues empezaron á arrojar al agua, á paladas, la pólvora que había depositada en el edificio conocido por las Bóvedas, operación que ocasionó una inmensa explosión causando más de cien víctimas; el archivo general fué abandonado á la muchedumbre desapareciendo infinidad de documentos valiosos, y Soler trató de embarcar cuanto pudo del parque, artillería y municiones, retirándose por fin, de acuerdo con lo estipulado, en 18 embarcaciones, los cuerpos argentinos y con ellos sus principales autoridades, el día 25 de Febrero de 1815.

141. Ocupación de Montevideo por los Artiguistas. — Estos hicieron su entrada en la plaza el día 27, siendo el primero que llegó á ella un escuadrón de 160 hombres de caballería al mando del comandante don José Yupes, quien con su fuerza se instaló en la ciudadela, penetrando el 28 Otorgués, Jefe de la división de vanguardia del ejército de Artigas. Con tal motivo hubo fiestas de todas clases, se echaron á vuelo las campanas de las iglesias, y el regocijo fué tan patriótico como general.

El Cabildo quiso también demostrar su gratitud á Artigas resolviendo darle y reconocerle jurisdicción y tratamiento de Capitán General, bajo el título de Protector y Patrono de la libertad de los pueblos, pero el caudillo declinó esa honra manifestando que para los hijos de un país democrático el mejor título era el de simple ciudadano.

CAPÍTULO XIX

La Provincia Oriental

SUMARIO: — 142. Gobierno de Otorgués. — 143. Progresos de la Provincia. — 144. La idea federal.—145. Los monárquicos argentinos.—146. Sublevación de Fontezuelas.—147. Preliminares de la invasión portuguesa. — 148. Congreso de Tucumán.

142. GOBIERNO DE OTORGUÉS. — Don Fernando Otorgués era, como Artigas, hombre avezado á los trabajos de campo, amigo de la libertad de su patria y luchador incansable, pero carecía de las condiciones que se requieren para gobernar, porque era voluntarioso, inculto y vengativo. Hé aquí por qué su administración fué funesta para el vecindario de Montevideo, pues se indispuso con sus principales vecinos, vejó á los miembros del Cabildo, persiguió á los españoles sin que éstos diesen motivo para ello, interpretó torpemente las instrucciones que le daba Artigas, puso trabas al desarrollo de la industria y del comercio, toleró las tropelías de la soldadesca indisciplinada y ensoberbecida, y so pretexto de que eran enemigos del nuevo régimen político, ó *del sistema,* como él decía, envió al campamento que Artigas había instalado en la Purificación á muchos españoles

cuyo único delito consistía en no aplaudir sus yerros ni adular sus pasiones.

En conocimiento Artigas de estos y otros muchos hechos, lo separó del gobierno de Montevideo, nombrando en su reemplazo al benemérito don Miguel Barreiro, que desempeñaría las funciones de Delegado, y al comandante don Fructuoso Rivera como Gobernador militar de la plaza, con cuyo cambio cesó el disgusto que sentía la población en general.

143. Progresos de la Provincia. — Eliminada la causa del malestar que se experimentaba en todas las clases sociales de la Capital, Artigas le consagró prolijos cuidados fomentando la fundación de pueblos, como el Carmelo, por ejemplo, difundiendo la instrucción pública por mediode escuelas, protegiendo la publicación de una hoja periódica titulada *El Periódico Oriental*, de la cual sólo apareció el prospecto, creando la biblioteca pública y alentando la navegación, el comercio, la industria y la agricultura. Dió también un reglamento cuyo objeto principal era garantir la propiedad y vincular la población á la tierra ; dividió en Departamentos el territorio de la Provincia y fomentó de todos modos el amor al suelo nativo festejando sus glorias, honrando á sus prohombres y aplaudiendo los actos inspirados en el más acrisolado patriotismo.

144. La idea federal. — Entretanto las ideas proclamadas por Artigas desde el año 13 hacían rápidos progresos, habiéndose afiliado á ellas Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y

Córdoba: las primeras se separaron de la obediencia de Buenos Aires para reconocer á Artigas como su único protector bajo el régimen federal, y la última, abundando en iguales propósitos, le regaló una espada de honor, que se conserva en el Museo Nacional de esta ciudad, y en la cual se lee esta inscripción: *Córdoba, en sus primeros ensayos, á su protector el inmortal general don José Artigas. Año de 1815.* Hasta en el territorio de Misiones tuvieron eco los principios políticos de federación sustentados y difundidos por el con justicia llamado *Protector de los pueblos,* de quien el Paraguay se titulaba amigo, escuchando y siguiendo sus consejos. Este vasto poder, que abarcaba tan dilatada extensión territorial, estaba sostenido por los más reputados caudillos que seguían la bandera de Artigas, símbolo de la libertad dentro del régimen republicano-federal.

145. Los monárquicos argentinos. — Mientras así procedían Artigas y los pueblos que se habían colocado bajo su amparo, los políticos de Buenos Aires se inclinaban á someter á su patria á la forma de gobierno monárquico, echándose á buscar un rey entre las naciones europeas, ó tratando de encontrarlo en los descendientes de los Incas del Perú, si es que Inglaterra, cuya protección se solicitó, no se prestaba á concederla. «Todo es mejor que la anarquía;—decía García en un documento oficial,—y aún el mismo gobierno español dejaría alguna esperanza más de prosperidad que las pasiones desencadenadas de

pueblos en anarquía.» Felizmente para todos, los ingleses no quisieron convertirse en protectores, y los príncipes europeos declinaron el honor que se les dispensaba, dejando á los políticos argentinos que siguiesen sin rumbo su desatentada marcha mientras el éxito más completo coronaba los patrióticos anhelos del general Artigas.

146. SUBLEVACIÓN DE FONTEZUELAS.—Fué entonces que Alvear, que era á la sazón el Jefe del Gobierno, se propuso contrarrestar, mediante el empleo de las armas, la influencia de Artigas, enviando contra él un cuerpo de ejército que puso bajo el mando de los coroneles Ignacio Alvarez Thomás y Eusebio Valdenegro: pero estos jefes se unieron á otros, y sublevándose en Fontezuelas (12 de Abril de 1815) contra el gobierno de Buenos Aires, consiguieron que el vecindario de esta ciudad, con su Cabildo á la cabeza, apoyase aquel movimiento que terminó por derrocar al veleidoso Alvear.

Alvarez Thomás sustituyó á éste en el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, siendo uno de sus primeros actos mandar anular y quemar los últimos decretos infamantes con que Alvear detractara á Artigas, y declaró al Protector ilustre y benemérito.

No contento todavía con esto y queriendo reparar de una manera completa las injurias inferidas por el Directorio caído, envióle siete jefes adictos á Alvear, á fin de que Artigas les aplicase las penas que fuesen de su agrado, pero éste, después de tratar caballerosamente

á los prisioneros, los devolvió à Alvarez Thomás manifestándole que *el general Artigas no era verdugo.*

147. PRELIMINARES DE LA INVASIÓN PORTUGUESA.—Esta severa lección no impidió que se restableciese momentáneamente la paz entre los políticos de Buenos Aires y el jefe de los orientales, por más que la conducta de los primeros no fué noble, pues contemplándose impotentes para dominar al caudillo uruguayo, resolvieron halagar las seculares ambiciones de los portugueses, iniciando en Río Janeiro las gestiones encaminadas á facilitar la invasión y apoderamiento del Uruguay por parte de los lusitanos. De este modo el Directorio podría sujetar á las provincias rebeldes, ya que Artigas, como es natural, atendería en primer término á la defensa del territorio nativo, como así sucedió.

148. CONGRESO DE TUCUMÁN.—El 9 de Julio de 1816 se reunieron en la ciudad de Tucumán los representantes de todas las provincias, menos la Oriental, acordándose por fin declarar la independencia de los territorios argentinos y trabajar en el sentido de que las provincias aliadas á la causa de Artigas se apartasen del libertador uruguayo, á pesar de que esto último no lo consiguieron por entonces.

CAPÍTULO XX

La invasión portuguesa

SUMARIO: — 149. Conquista de las Misiones. — 150. Invasión portuguesa. — 151. Primeras derrotas de los Jefes artiguistas. — 152. El Corso. — 153. Proyecto de tratado para entregar la Provincia. — 154. Segunda campaña de Artigas. — 155. Sorpresa del Arapey. — 156. Batalla del Catalán. — 157. Derrota de *Andresito*. — 158. Ocupación de Montevideo. — 159. Instrucciones del rey de Portugal. — 160. Actitud pasiva de Buenos Aires. — 161. Viril actitud de Artigas. — 162. Tercera campaña. — 163. Apogeo de Artigas en las Provincias de la Liga Federal. — 164. Nuevas derrotas. — 165 Victoria de Artigas en Santa María. — 166. Batalla de Tacuarembó. — 167. Tratado del Pilar. — 168. Lucha entre Artigas y Ramírez. — 169. Ostracismo voluntario de Artigas, su muerte y su glorificación.

149. CONQUISTA DE LAS MISIONES. — No satisfecho aún Artigas con el triunfo de sus ideas y deseando que ellas cundiesen por todas las comarcas inmediatas á su país natal, envió á las Misiones á su hijo adoptivo el capitán de blandengues Andrés Guacararí, generalmente conocido por *Andresito*, á fin de que se apoderase de aquel territorio, como así lo hizo rindiendo á los pueblos de la Candelaria, Santa Ana, San Ignacio, Miní, y Corpus, ó sean todas las Misiones paranaenses.

150. Invasión Portuguesa. — Promediando el año 1816 tuvo ya conocimiento Artigas de la próxima invasión portuguesa, y tratando de disponerse para la lucha, ya que no era posible evitarla, prohibió toda comunicación con el país vecino, convocó las milicias y trazó su plan de defensa. Este plan consistía en colocar sus divisiones en los puntos de la frontera más accesibles al enemigo, á la vez que otras invadirían las Misiones Orientales, obligando así á los portugueses á distraer parte de sus fuerzas para defenderlas, pero el caudillo no pensó nunca que el número de sus enemigos fuese triple que el de los soldados patriotas, cuya totalidad no excedía de 6000, de modo que sus divisiones se hallaban en una enorme inferioridad numérica respecto de los invasores.

Estos aparecieron en la primavera del año precitado. Venían mandados por el general Carlos Federico Lecor, cuya vanguardia, después de apoderarse del fuerte de Santa Teresa, se situó en los campos comprendidos entre el lago Merín y el río de la Plata. Simultáneamente una columna de 2000 hombres, al mando de Silveira, invadía por Cerro Largo, otra de igual número, á las órdenes de Curado, trataba de posesionarse del Alto Uruguay, y las mejores tropas lusitanas se disponían á defender las Misiones Orientales amagadas por *Andresito*.

151. Primeras derrotas de los jefes artiguistas. — El hijo adoptivo de Artigas fué, sin embargo, batido en San Borja por

Abreu; Verdún, jefe artiguista, que se había internado en el Brasil, sufrió igual suerte en Ibiracohaí, que es un afluente del Ibicuí, en donde lo venció Mena Barreto, y Oliveira Alvarez avanzó en procura del mismo Artigas, con quien chocó en Carumbé, derrotándolo completamente.

Pero, entre los primeros encuentros el más formidable y desastroso para los patriotas fué el que se dió en el Higuerón, (que es un paraje de los pantanos de India Muerta, en el actual departamento de Rocha), entre Rivera y Pinto de Araujo Correa. Allí fué éste á buscar al primero el día 19 de Noviembre, y allí quedó evidenciado una vez más, aunque con desgracia, el valor del soldado oriental, sucumbiendo algunos centenares de portugueses al empuje de las caballerías patriotas antes que éstos se retirasen, vencidos, del campo de batalla, en el cual desarrollaron sus energías unos 1500 soldados artiguistas contra más de 2000 veteranos portugueses.

152. El Corso. — Estos desastres tuvieron una pequeña compensación en el mar mediante el ejercicio del corso, al cual se dedicaron algunas embarcaciones con la correspondiente autorización de Artigas. Varios fueron los buques corsarios que saliendo del río de la Plata con bandera oriental dificultaron la libre navegación de los portugueses, causando no pequeños perjuicios á su comercio, primero en aguas brasileñas y finalmente á lo largo de las costas del mismo territorio de Portugal, al extremo de que creciendo en

audacia, al amparo del éxito, hicieron sus presas frente á las baterías de Oporto y Lisboa.

153. PROYECTO DE TRATADO PARA ENTREGAR LA PROVINCIA. — La honda impresión que estas primeras derrotas produjeron en el ánimo del vecindario y de las autoridades de Montevideo, decidió á estas últimas á solicitar la protección de Buenos Aires, cuyos prohombres manifestaron que se la concederían de buen grado siempre que el territorio oriental quedara anexado á las Provincias Unidas y se conformara con adoptar su política unitaria, á lo cual accedieron los señores Durán y Giró, comisionados por el Cabildo de Montevideo para llevar á cabo las negociaciones entabladas.

Fué entonces cuando el caudillo uruguayo subscribió una célebre nota en la que vibra el más puro sentimiento patrio envuelto en agria y justa censura para los comisionados, decidiéndose á proseguir aquella lucha desigual, sin esperanzas de triunfo, pero dispuesto, él y los suyos, á defender sus ideales y sostener con dignidad los fueros del suelo natal. La campaña oriental, — según la frase de un historiador, — se dispuso á perecer entre las ruínas de su libertad.

154. SEGUNDA CAMPAÑA DE ARTIGAS. — Rotas, pues, las negociaciones con Buenos Aires, Artigas, á pesar de los desastres sufridos, de la escasez de recursos, y del desengaño padecido, logró reunir un segundo ejército de 5000 hombres, compuesto de indios

charrúas y misioneros, milicias de las provincias de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, paisanos de la Banda Oriental y los restos de su primitivo ejército, organizándolos en tres divisiones; una de 3500 hombres al mando del general Andrés Latorre, otra de 600 que confió á *Andresito*, y, reservándose otros tantos, se preparó á la defensa, en vista de que los elementos de que disponía eran insuficientes para tomar la ofensiva.

155. Sorpresa del Arapey. — Mientras que *Andresito* se situaba por las cercanías del Ibicuí y Latorre hacía campamento á orillas del arroyo del Catalán, Artigas se disponía á sorprender al enemigo ocultándose entre los espesos montes del Arapey, donde en vez de sorprender fué sorprendido por Abreu quien lo derrotó en aquel paraje el día 3 de Enero de 1817, corriendo riesgo el libertador de caer en poder del enemigo.

156. Batalla del Catalán. — En cuanto á Abreu, inmediatamente de esta impensada acción de guerra, se dirigió á marchas forzadas hacia el campamento del Marqués de Alegrete, al cual se incorporó el día siguiente á orillas del arroyo del Catalán, para donde había salido Latorre en cumplimiento de las órdenes de Artigas; de modo que, reunidas las fuerzas de Abreu y del Marqués, pudieron, no sin esfuerzo, pero sí con ventaja, alcanzar una nueva victoria sobre las tropas republicanas el día siguiente 4 de Enero.

En este encuentro perdieron los patriotas más de 600 hombres (300 muertos y 300 he-

ridos), 2 cañones y 1 bandera, sucumbiendo también valerosamente Verdún, que tan excelentes servicios había prestado durante la guerra, mientras que las pérdidas del enemigo apenas alcanzaron á unos 250 entre muertos y heridos.

157. DERROTA DE ANDRESITO. — La suerte de las armas también favoreció á los intrusos en la guerra que *Andresito* sostenía en las Misiones, siendo éste deshecho á orillas del Aguapey el día 19 de Enero de 1817, por el Brigadier Chagas, quien ordenó el incendio de las poblaciones, saqueó las iglesias, de las cuales extrajo más de 80 arrobas de plata, se apoderó de todo el ganado y toleró á la soldadesca que se entregara á los mayores desenfrenos. Las Misiones quedaron arruinadas para siempre.

158. OCUPACIÓN DE MONTEVIDEO. — A la vez que se desarrollaban estos acontecimientos, el general Lecor, al frente de un ejército de 8000 hombres, se dirigía sobre la capital, mientras que una flota portuguesa navegaba en igual dirección, de manera que, sitiada por tierra y por agua con tan poderosos elementos, la caída de Montevideo era inevitable.

Algunos combates se dieron, pues Rivera, Lavalleja, Oribe y otros jefes patriotas no dejaron de incomodar á los invasores, pero, como quiera que fuese, éstos terminaron por situarse frente á los muros de la ciudad, lo que decidió á su guarnición, compuesta de 800 soldados, á retirarse á Canelones, segui-

dos de Barreiro y Suárez quienes dejaron libre á los demás miembros del Cabildo para que procedieran como creyesen más acertado en aquellos aciagos momentos.

Esta Corporación entró en arreglos con el enemigo, procediendo á entregarle las llaves de la plaza en la cual penetró bajo palio el general Lecor el día 19 de Enero de 1817, en medio de la indiferencia de su humillado vecindario.

159. INSTRUCCIONES DEL REY DE PORTUGAL. — El general Lecor era portador de las instrucciones del rey de Portugal para el gobierno de estos territorios, una vez que sus tropas se hubiesen apoderado de ellos. Según las mismas, el Uruguay quedaría convertido en una Capitanía desempeñada por dicho Lecor, el cual la gobernaría en lo militar y en lo político aunque conservando las instituciones españolas, la libertad de comercio, y el respeto á los usos, costumbres y religión de sus habitantes, si bien que los dominadores debían trabajar en el sentido de conseguir del vecindario su adhesión á la monarquía portuguesa.

160. ACTITUD PASIVA DE BUENOS AIRES. — Los políticos argentinos, entretanto, habían asumido una actitud completamente pasiva. Indiferentes ante la crítica situación de los males que aquejaban al Uruguay, sin proporcionar recursos de ningún género al general Artigas, parecían complacerse en sus infortunios, esperando el momento de su definitiva caída, tal vez para regocijarse con ella.

161. VIRIL ACTITUD DE ARTIGAS. — Artigas, entretanto, sostenía en el Norte rudos combates, y aunque las derrotas diezmaban sus filas, nunca los descalabros que sufriera fueron lo bastante para decidirlo á deponer las armas. Sin embargo, Lecor se atrevió á hacerle proposiciones para someterlo pacíficamente, ofreciéndole el goce de sueldo de coronel y un asilo sosegado en el Brasil ó Portugal si se decidía á disolver las pocas fuerzas que le quedaban; pero el temerario caudillo oriental rechazó con dignidad las tentadoras proposiciones que se le hacían contestando al enviado del jefe portugués: — « Dígale á su amo que cuando me falten hombres lo pelearé con perros cimarrones. »

Sin embargo, algunos capitanes hubo que, desalentados ante una lucha tan desigual como infructuosa abandonaron las filas del Protector resolviendo retirarse á Buenos Aires y ofrecer sus servicios al gobierno vecino, como así lo hicieron los hermanos Oribe, el coronel Bauzá, Velazco, San Vicente, Lapido y Monjaime. Estas defecciones obligaron á Artigas á abandonar la defensa del Sur del país concentrando sus tropas en el Norte para tentar el último esfuerzo contra los portugueses.

Este suceso y las numerosas derrotas que las ya reducidas legiones de Artigas sufrían diariamente, aunque no lo doblegaban, por lo menos lo reducían á la impotencia, ya que los portugueses dominaban todas las comarcas situadas al Sur del río Negro.

162. TERCERA CAMPAÑA.—Pero, este hombre enérgico, sufrido, incansable, logró formar un tercer ejército compuesto de 4000 hombres, con los cuales continuó desafiando las iras de los invasores á la vez que declaraba la guerra al Directorio.

163. APOGEO DE ARTIGAS EN LAS PROVINCIAS DE LA LIGA FEDERAL.— Al comenzar el año 1818, la situación de la gente de Artigas en el territorio oriental se había agravado, por la concentración que éste había hecho con ella en la región septentrional, y en razón de la guerra que tenía que sostener en las provincias del litoral argentino contra la tendencia absorbente de los hombres de Buenos Aires, que continuaban defendiendo el régimen autoritario del centralismo contra la idea federativa, que con más razón que éxito Artigas sostenía con inmaculado patriotismo desde el año 1813. Estanislao López en Santa Fe y Francisco Ramírez en Entre Ríos eran los jefes que, respondiendo á los propósitos de Artigas y obedeciéndole ciegamente, mantenían la guerra contra Puyrredón. En cuanto á la provincia de Corrientes, había sido ocupada por Andresito y sus guaranís, después de una larga campaña en las Misiones, donde la suerte de las armas le fué alternativamente favorable y adversa. Ramírez y López también habían salido triunfantes en varios encuentros con tropas del gobierno central, de modo que á la sazón el sol del artiguismo iluminaba con todo su brillo las comarcas del Oeste.

164. NUEVAS DERROTAS. — En su tercera campaña no fué Artigas menos desgraciado que en las dos anteriores, pues perdió á Lavalleja, que cayó prisionero; no pudo impedir que una escuadrilla portuguesa se introdujera por el Uruguay y hostilizara á varias poblaciones del litoral; el mismo Rivera se vió en la necesidad de retirarse para evitar el ser deshecho en los campos del Rabón, como lo fué el Libertador en el Queguay Chico, Laguna en la región del Este, Manuel Francisco Artigas en el departamento de Canelones, y *Andresito*, quien luchando en el Norte cayó en poder del enemigo, fué llevado á Río Janeiro, en donde falleció pocos meses después.

165. VICTORIA DE ARTIGAS EN SANTA MARÍA. — En cambio, el 13 de Diciembre de 1819 el general Artigas ganó á Abreu, en el paraje denominado Santa María, una empeñosa batalla en que corrió á mares la sangre de ambos contendientes.

Bajo la impresión de este triunfo. Artigas se dirigió al Congreso Argentino en solicitud de recursos para libertar á su Provincia brindando á la vez la paz, pero el resultado volvió á ser negativo: la política de los occidentales respecto del Protector estaba encaminada, desde 1816, á su anulación y exterminio.

166. BATALLA DE TACUAREMBÓ. — Después de la batalla de Santa María, Artigas entregó el mando del ejército al pundonoroso coronel don Andrés Latorre, quien habiéndose retirado á orillas del río Tacuarembó, fué

allí sorprendido el 22 de Enero de 1820 por una división portuguesa de 3000 hombres que puso en fuga al jefe patriota y á su gente, no sin que estos luchasen con el mayor denuedo, al extremo de sufrir la pérdida de 800 hombres muertos, 300 prisioneros, 4 piezas de artillería, gran cantidad de armas y municiones y toda la caballada.

Tan pronto como Artigas, que se encontraba en el Mataojo esperando algunos contingentes que había pedido á Entre Ríos para continuar la campaña, supo este irreparable desastre, ordenó á Rivera que inmediatamente se le incorporase, pero tal acuerdo era tardío, en razón de que éste había sido víctima de un ardid de los lusitanos que le obligó á deponer las armas, bien á su pesar.

Fué entonces cuando Artigas consideró perdida su causa, y cruzando el Uruguay con un puñado de hombres, estableció su campamento en Abalos.

La batalla de Tacuarembó fué la última de aquella larga, sangrienta y dolorosa campaña contra los seculares enemigos de estos ambicionados territorios.

167. Tratado del Pilar. — Por esos tiempos Ramírez celebró un tratado, llamado del Pilar, nombre del paraje en donde se firmó, sellando la paz con Buenos Aires y desligándose de todo compromiso con Artigas, quien no sólo lo desaprobó, sino que echó en cara á Ramírez su deslealtad é inconsecuencia, terminando por romper completamente con su antiguo teniente, á quien

había formado inculcándole sus ideas y doctrinas, y del que jamás esperaba tan censurable acción.

168. LUCHA ENTRE ARTIGAS Y RAMÍREZ. — Producida la ruptura, no tardaron en chocar las fuerzas de los dos caudillos, primero en las Guachas, con resultados funestos para Ramírez, y después en la Bajada del Paraná, en el Sauce de Luna, en el Yuquerí, en las Tunas y en Abalos, que fueron otros tantos desastres para el Libertador, quien vencido, sin influencia, careciendo de recursos y cruelmente combatido por la adversidad, decidió retirarse al Paraguay rechazando el concurso que le ofrecieron algunos caciques indios por si quería continuar la guerra contra las fuerzas de Ramírez.

169. OSTRACISMO VOLUNTARIO DE ARTIGAS, SU MUERTE Y SU GLORIFICACIÓN. — El 23 de Septiembre de 1820 Artigas cruzó el Paraná, y seguido de 200 hombres presentóse á la guardia paraguaya de la Candelaria, que fué la primera que encontró, desde cuyo punto solicitó hospitalidad al doctor don Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador del Paraguay, quien no vaciló en concedérsela, enviando al efecto una fuerza armada para que acompañase é internase á aquel hombre singular que tres años antes dominaba vastos territorios, disponía de numerosas fuerzas é infundía á todos temor y respeto, tanto por la fama de su nombre como por la originalidad de sus acciones.

Hospedado, de orden de Francia, en el

convento de la Merced, permaneció en él algún tiempo, hasta que se le residenció en Curuguatí, lugar bastante apartado de la Asunción, en el cual se dedicó á cultivar la tierra, á cuidar una pequeña cantidad de hacienda que había logrado reunir y á ejercer entre sus convecinos pobres toda clase de actos de caridad.

A la muerte del Dictador fué trasladado á la ciudad de la Asunción, en cuyos suburbios vivió en compañía de Encina, único servidor que no lo abandonó jamás, hasta que el 23 de Septiembre de 1850, ó sea á los treinta años justos de su ostracismo voluntario, pagó á la madre naturaleza el tributo que todos le debemos.

Durante el gobierno de don Gabriel Antonio Pereira, ó sea, en 1856, sus restos fueron conducidos á Montevideo y depositados en el Panteón nacional, donde reposan.

En 1883 la Asamblea dictó una ley mandando erigir una estátua al Libertador uruguayo, ley que todavía no se ha cumplido, si bien no faltan monumentos que perpetúen su memoria, como el que se levanta en una de las plazas de la ciudad de San José, y el que puede verse coronando la meseta histórica del Hervidero, sobre la margen izquierda del río Uruguay, al Norte del departamento de Paysandú.

CAPITULO XXI

Dominación portuguesa

SUMARIO: — 170. Sometimiento de Rivera.— 171. Incorporación de la Provincia Oriental á la monarquía portuguesa. — 172. — Los *Caballeros Orientales*. — 173. Grito de Ipiranga. — 174. Lucha entre portugueses y brasileños.

170. SOMETIMIENTO DE RIVERA. — Alejado Artigas del territorio oriental; diezmadas sus legiones; descorazonados los pocos jefes que continuaron combatiendo hasta los últimos instantes; aherrojados en los calabozos de Río Janeiro algunos de los hombres de más prestigio que habían militado bajo las banderas del Libertador; abandonado éste por los militares de mayor reputación, y traicionado por Ramírez; negado el auxilio de Buenos Aires y reducidos los defensores del suelo uruguayo á un puñado de soldados fatigados de lo largo de la lucha y enfermos por los sufrimientos, sólo quedaba con las armas en la mano Rivera, que concluyó por someterse al invasor, ya que la continuación de la lucha hubiera sido un sacrificio completamente infructuoso.

171. INCORPORACIÓN DE LA PROVINCIA ORIENTAL Á LA MONARQUÍA PORTUGUESA. Pacificado el país é impotentes sus hijos

para provocar conflictos al usurpador, consideró éste que los momentos eran propicios para afianzar la conquista, y dar á su dominación apariencias de legalidad. Al efecto convocó un Congreso que declaró anexionada á Portugal la Provincia Oriental, la que, bajo el título de *Estado Cisplatino*, quedó convertida desde el 31 de Julio de 1821 en una posesión portuguesa.

172. Los Caballeros Orientales. — A pesar de la conformidad que demostraban los orientales con sus dominadores, lo cierto es que ella no era sino aparente, desde que la opinión pública se hallaba muy dividida, pues mientras que unos creían de buena fe en que el porvenir del país estaba en la tranquila dominación de Portugal, otros fraguaban nuevos planes de libertad.

A este último partido pertenecían los *Caballeros Orientales*, asociación así llamada, que se formó en Montevideo con objeto de trabajar por conseguir la independencia de la patria, á cuyo efecto sus afiliados fundaron *El Pampero*, periódico destinado á difundir y arraigar estas ideas en el ánimo de los nativos.

173. Grito de Ipiranga. — El día 7 de Septiembre de 1822 el Brasil proclamó su independencia del reino de Portugal. Este hecho se conoce en la historia por *Grito de Ipiranga*, nombre del paraje donde el ejército, con el príncipe don Pedro á la cabeza, declaró la separación absoluta del Brasil que desde ese día quedó convertido en Imperio.

Conocido este hecho en Montevideo, las tropas de ocupación se dividieron en dos grupos, uno acaudillado por Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, que se adhirió al movimiento separatista que acababa de producirse en el Brasil, y otro dirigido por el general don Alvaro da Costa, que censurando el proceder de don Pedro I, se mantenía fiel al rey de Portugal; es decir, que brasileños y portugueses aspiraban á conservar para sus respectivos monarcas el dominio del territorio oriental.

174. LUCHA ENTRE PORTUGUESES Y BRASILEÑOS. — Producida la escisión, Lecor se retiró á campaña seguido de una gran parte de sus tropas, y da Costa, con otras, permaneció en Montevideo dispuesto á defender los derechos de su rey, aún apelando al empleo de las armas.

En cuanto al elemento nativo, también se dividió en dos fracciones, uno á favor del Barón y otro del lado del general portugués, que, además, contaba con el apoyo de algunos partidarios de la campaña,, pero no con el concurso del Cabildo de Montevideo que declaró nulas las actas de incorporación á la monarquía portuguesa y al imperio del Brasil, tratando de obtener el auxilio de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, aunque sus gestiones fueron inútiles, pues aquellas provincias excusaron su participación en los asuntos políticos del Estado Cisplatino.

Una vez que Lecor reconcentró sus tropas

en las Piedras se dirigió á la capital, iniciando el sitio de la misma, siendo Rivera nombrado jefe de la vanguardia, mientras que Oribe, con igual cargo, pero militando á las órdenes de don Alvaro, organizaba la resistencia, y Lavalleja se sublevaba á favor de este último en el departamento de Tacuarembó.

Oribe derrotó á Rivera en el Paso de Casavalle, á pesar de cuyo triunfo el general portugués tuvo que rendirse á Lecor, terminando la contienda por una convención de paz, ajustada en Noviembre de 1823, según la cual los portugueses se retirarían á Lisboa dejando el campo libre á los defensores de don Pedro I, quienes seguirían dominando en el Estado Cisplatino.

La plaza de Montevideo fué, por último, evacuada por los lusitanos el 28 de Febrero de 1824 posesionándose inmediatamente de ella las fuerzas del emperador don Pedro I, á quien las autoridades uruguayas juraron fidelidad el día 9 de Mayo del mismo año.

CAPÍTULO XXII

La cruzada de los Treinta y Tres

SUMARIO : — 175. Preparativos para la cruzada. — 176. Primeros triunfos de los Treinta y Tres. — 177. Alarma de los imperialistas. — 178. Sublevación general de la campaña. — 179. El primer gobierno patrio. — 180. Delaración de la independencia. — 181. Combate del Rincón de las Gallinas. — 182. Batalla del Sarandí.

175. PREPARATIVOS PARA LA CRUZADA. — El fracaso de los planes de los *Caballeros Orientales* y su aversión á la dominación imperial, decidieron á muchos de ellos á emigrar estableciéndose en la provincia de Buenos Aires, donde se consagraron á trabajar humildemente para poder vivir. Entre estos emigrados figuraban los hermanos Lavalleja, Manuel Oribe, Pablo Zufriategui, Luis Ceferino de la Torre, Simón del Pino, Manuel Freire, Atanasio Sierra, Jacinto Trápani y otros que solían reunirse para tratar del porvenir de la patria oprimida.

Hacia los comienzos de 1825, don Juan Antonio Lavalleja inició la idea de reunir cuantos elementos fuese posible y sublevar el país contra los intrusos, idea que, aceptada por sus compañeros de causa, fué puesta en práctica en Abril del mismo año.

Treinta y dos compatriotas logró reunir Lavalleja, quien al frente de ellos, mal armados pero bien dispuestos, cruzaron el Uruguay en dos lanchones desembarcando en la playa de la Agraciada en la madrugada del 19 de Abril del mismo año, en cuyo paraje hizo flamear Lavalleja aquella histórica bandera celeste, blanca y roja, sobre la cual juraron todos libertar el país ó morir en la demanda.

176. PRIMEROS TRIUNFOS DE LOS TREINTA Y TRES. — Los cruzados emprendieron la marcha hacia la confluencia del río San Salvador, en cuyo trayecto se plegaron á ellos unos cuantos hombres que vivían á salto de mata, refuerzo que les permitió atacar y poner en fuga á una partida enemiga que mandaba don Julián Laguna quien, como otros jefes orientales, estaba al servicio de los brisileños. Después marcharon con rumbo al Durazno.

177. ALARMA DE LOS IMPERIALISTAS. — La derrota de Laguna llegó muy pronto á conocimiento de las autoridades de Montevideo las cuales movilizaron fuertes divisiones á fin de ahogar el germen de aquel movimiento subversivo. El general Rivera, al servicio del Imperio desde hacía algún tiempo, fué uno de los jefes encargados de perseguir y exterminar aquella partida de imprudentes, con los cuales no tardó en encontrarse, cayendo Rivera prisionero de Lavalleja gracias á un ardid empleado por éste, pero aquellos dos hombres llegaron á entenderse terminando el primero por prestar al jefe de los Treinta y Tres

el poderoso concurso que éste necesitaba para salir con éxito de su peligrosa empresa.

Gracias á Rivera cayó prisionero de los Treinta y Tres el coronel brasileño Borbas con su división, compuesta de unos 300 hombres, los que también engrosaron las filas de los cruzados, asi como de igual modo rindieron á otras varias divisiones, al extremo de que á los quince días de su glorioso desembarco en la Agraciada, Lavalleja disponía de una fuerza de mil hombres, sin contar unos 500 prisioneros que se enviaron al Durazno, pues constituían un verdadero estorbo para los movimie ıtos del pequeño ejército patriota.

Inmediatamente Lavalleja se apoderó de San José y de Canelones, escalonó sus fuerzas en diferentes puntos, envió comisionados para que reuniesen gentes de la campaña y él, solo con unos 80 hombres, se situó en el Cerrito tratando de amenazar á la ciudad de Montevideo.

178. Sublevación general de la campaña. — Tan pronto como cundió la nueva de la cruzada de los Treinta y Tres, la conflagración fué general en la campaña, de modo que las fuerzas de Lavalleja se aumentaban diariamente con nuevos contingentes de voluntarios, á la vez que el mayor sobresalto se opoderaba de los jefes y soldados imperiales, que no atinaban á comprender cómo en tan breve tiempo y con tan escasos medios Lavalleja y sus adeptos habían conseguido tantas ventajas.

Esto decidió al Barón de la Laguna á po-

ner á precio la cabeza de Rivera, por la que ofrecía 2000 pesos, y 1500 por la de Lavalleja, quienes muy pronto fueron dueños de casi todo el país obligando á los invasores á encerrarse en Montevideo y en la Colonia, únicas plazas donde ejercían su dominación.

Poco después Oribe reemplazaba á Lavalleja en la dirección del asedio de la capital, éste situaba su cuartel general en las inmediaciones de la Florida, y Rivera ocupábase en reunir y organizar fuerzas á fin de dar mayor impulso á aquella generosa y patriótica campaña.

179. EL PRIMER GOBIERNO PATRIO. — Queriendo Lavalleja dar autoridad á su obra y descargarse del peso de la administración pública, reservándose exclusivamente la dirección de la guerra, resolvió normalizar la situación estableciendo un gobierno regular, como así lo hizo instalando en la Florida bajo la presidencia de don Manuel Calleros. Este gobierno nombró á Lavalleja, Brigadier General y Comandante en jefe del ejército de la Provincia, confirió á Rivera el cargo de Inspector General del ejército, y después de dejar instaladas otras autoridades, convocó al pueblo para que procediese á la elección de los Diputados que deberían constituír la Asamblea General.

180. DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA. — Después de los requisitos de práctica en tales casos, la Asamblea se instaló en la Florida y el 25 de Agosto de 1825 labró una acta declarando nulos, irritos, disueltos y sin nin-

gún valor todos los actos de incorporación, aclamaciones y juramentos arrancados al pueblo oriental por la violencia unida á la perfidia de los poderes intrusos de Portugal y el Brasil.

El mismo día que se formulaba esta solemne declaración, la Asamblea dictaba otra ley de incorporación á las Provincias Unidas del Río de la Plata, con cuyo acto los jefes de la revolución concluían de grangearse las simpatías que la mayoría del pueblo argentino experimentaba por la guerra contra el Imperio.

Después, la mencionada Corporación procedió á declarar libres á todos los hijos de esclavos que en lo sucesivo naciesen en el territorio oriental; abolió el tráfico de negros, resolviendo al mismo tiempo que los esclavos del Brasil dejasen de serlo por el hecho de penetrar en el territorio del Uruguay, abolió algunos impuestos y eligió los Diputados á la Asamblea Nacional.

181. Combate del Rincón de las Gallinas. — La actitud de la Asamblea de la Florida alarmó extraordinariamente al general Lecor, quien se apresuró á solicitar refuerzos de Río Janeiro y de Río Grande, los cuales le fueron enviados. Con estas fuerzas lucharon los patriotas con suerte variable, pues si en algunas acciones fueron vencidos, en otras les fué favorable la suerte de las armas. A este último número pertenece el combate del Rincón de las Gallinas, donde Rivera, con 250 hombres venció á los coroneles Jardín y Mena Barreto, cuyas

fuerzas excedían de 700 soldados, los que fueron acuchillados y deshechos, al extremo de que apenas 100 salieron ilesos, apoderándose, además, los patriotas, de gran cantidad de armamento y de 8000 caballos destinados á la remonta del ejército de ocupación. Tal fué el triunfo del 24 de Septiembre de 1825. Pocos días después Rivera se reincorporaba á las fuerzas del Jefe de los Treinta y Tres.

182. Batalla del Sarandí. — Dos criterios diferentes en la manera de hacer la guerra á los invasores tenían Rivera y Lavalleja: el primero prefería la guerra de recursos, el segundo optaba por las batallas campales. Hé aquí por qué habiendo llegado á conocimiento de Lavalleja que Bentos Manuel González había invadido el territorio á la cabeza de 1.400 hombres, al mismo tiempo que Manuel Ribeiro salía de Montevideo con 600, con objeto de incorporarse á aquél en el centro del país, el General en jefe de las fuerzas patriotas trató de evitar esa incorporación, pero cuando se cercioró de que esto no sería posible se dispuso á medir sus armas con las de los dos militares brasileños reunidos, aunque las divisiones de éstos aventajasen á las suyas en número, pericia y calidad de armas.

Al amanecer del día 12 de Octubre los dos ejércitos se encontraron frente á frente en los campos regados por el arroyo del Sarandí, en el actual departamento de Florida. El ala derecha del ejército patriota fué confiada al coronel don Pablo Zufriategui, el centro á don Manuel Oribe y el ala izquierda á Rivera.

La artillería de los patriotas consistía en una pieza de á 4 mandada por el subteniente José Joaquín Olivera, el cual sólo disparó con ella tres tiros antes de la batalla.

La iniciativa de la lucha partió de los imperiales, que hicieron una descarga sobre los libertadores causándoles algunas bajas; pero como éstos permanecieron impasibles y firmes ante las balas del enemigo, los clarines imperiales tocaron á degüello, á la vez que Lavalleja ordenaba el ataque al grito inolvidable de *Carabina á la espalda y sable en mano,* que acataron todos.

Poco tiempo duró la lucha, que puede decirse fué cuerpo á cuerpo, pues el número de combatientes era igual de parte á parte, produciéndose por fín la derrota de los imperiales que tuvieron 562 muertos, 133 heridos y 726 prisioneros, además de perder armas, bagajes, pertrechos de guerra y toda la caballada. En cuanto á los patriotas sus pérdidas ascendieron á 114 bajas entre muertos y heridos.

Esta completa victoria fué solemnemente festejada por el vecindario de Buenos Aires cuyo gobierno, que no quería tomar parte en la contienda, resolvió por último aceptar la incorporación del territorio oriental á las Provincias Unidas y el ingreso de los Diputados uruguayos al Congreso Nacional, cuyos hechos importaban una declaración de guerra al Brasil por parte de la nación argentina. Y así lo entendió el Imperio rompiendo las relaciones con Buenos Aires.

CAPÍTULO XXIII

Campaña del Brasil

SUMARIO: — 183. Preliminares de la guerra. — 184. Alvear sustituye á Martín Rodríguez. — 185. Organización del ejército imperial. — 186. Primeros triunfos de los aliados. — 187. Batalla de Ituzaingó. — 188. Nuevos combates. — 189. Campaña naval de Brown.

183. PRELIMINARES DE LA GUERRA. — Declarada la guerra, el Brasil aumentó los contingentes de tropas con que ya contaba en el territorio uruguayo enviando aquí nuevos refuerzos, á la vez que la escuadra imperial se apoderaba de la isla de Martín García é iniciaba el bloqueo de los principales puertos de ambas orillas del Plata, menos de Montevideo y la Colonia, de los cuales estaba posesionado.

La Argentina por su parte no se descuidaba, pues decretó el corso, organizó tropas regulares, hizo un llamamiento á las milicias, autorizó al almirante Guillermo Brown para que armase la escuadra y ordenó al general Martín Rodríguez que invadiera la Provincia Oriental con el ejército de su mando compuesto de 1500 hombres, como así lo hizo vadeando el río Uruguay á la altura de Paysandú y estableciendo su cuartel general sobre la costa del Yí.

En cuanto á Lavalleja, lanzó una proclama encaminada á que empuñasen las armas los pocos paisanos que todavía no lo habían hecho, á la vez que el patriota Leonardo Olivera se apoderaba por asalto de la fortaleza de Santa Teresa poniendo en fuga á la fuerza brasileña que la guarnecía, y don Manuel Oribe derrotaba, en las cercanías del Cerro de Montevideo á 300 imperialistas que habían salido de la plaza con objeto de molestar á los patriotas que mantenían el sitio.

184. ALVEAR SUSTITUYE Á MARTÍN RODRÍGUEZ. — Don Bernardino Rivadavia, que por entonces había sustituído al General Las Heras en el Gobierno de Buenos Aires, dispuso reemplazar á Rodríguez con el General Alvear con objeto de dar más impulso á la guerra y á la vez evitar la desmoralización naciente en el ejército uruguayo, á causa de las diferencias de criterio que habían surgido entre Lavalleja y Rivera, diferencias que, trascendiendo hasta Buenos Aires, decidieron á Rivadavia á llamar al último de los dos caudillos orientales á fin de que justificara su actitud. Rivera acató la orden y se trasladó á la vecina capital, con lo que Alvear pudo proceder libremente á la organización del ejército aliado, aunque prescindiendo también del criterio de Lavalleja.

Seis meses empleó Alvear en dejar al ejército en condiciones de maniobrar, organizándolo en tres divisiones, una á sus inmediatas órdenes, otra á las de Soler y la tercera á las de Lavalleja, no excediendo su número de

6500 hombres, los que, á últimos de 1826, abandonaron su campamento del Arroyo Grande emprendiendo la marcha con rumbo al Brasil.

185. ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO IMPERIAL. — Don Pedro I, á su turno, había ordenado la concentración de todas las fuerzas que operaban en la Provincia Oriental y al Sur del Brasil, que sumaban unos 20.000 hombres; pero como dicha concentración se efectuaba con suma lentitud, el emperador se trasladó al Río Grande, siendo una de las primeras medidas que adoptó el nombramiento del Marqués de Barbacena como General en jefe en reemplazo del Barón de la Laguna.

186. PRIMEROS TRIUNFOS DE LOS ALIADOS. — A mediados de Enero de 1827 el ejército aliado pisaba el Brasil, siendo las fuerzas de Lavalleja las primeras en franquear las fronteras del país enemigo y apoderarse del pueblo de Bagé (23 de Enero) y de todos los víveres que los imperiales tenían allí depositados, por valor de más de 300.000 pesos, á pesar de los esfuerzos hechos por Barbacena para evitarlo.

La segunda victoria fué también conseguida por jefes orientales, pues tocóles á Zufriategui y Servando Gómez mandar las fuerzas que el día 7 de Febrero penetraron en San Gabriel, en donde hallaron varias carretas con armamento, municiones y el equipaje del ejército enemigo. El día 9 les arrebataron 6.000 caballos gordos y descansados, que contribuyeron á acelerar las marchas de los soldados de Alvear.

El día 13 tuvo lugar un choque, en las márgenes del arroyo Bacacahy, entre fuerzas brasileñas, mandadas por Bentos Manuel González, y los afamados *Colorados* de Lavalle, que constituían el cuarto regimiento de coraceros. La columna enemiga, fuerte de 1200 hombres, fué completamente deshecha.

Entretanto el coronel don Lucio Mancilla destrozaba en el Ombú (16 de Febrero) la fuerte división del coronel Bentos Manuel Riveiro, que mandaba la mejor caballería del Imperio, dispersándola de tal modo que no le permitió encontrarse en la memorable batalla de Ituzaingó.

187. Batalla de Ituzaingó. — Por fin los dos ejércitos llegaron á encontrarse en los campos de Ituzaingó, desarrollándose la batalla, el día 20 de Febrero, entre los dos ejércitos que en conjunto sumaban 13.500 hombres, ó sea 6500 patriotas, y 7000 imperiales. La acción duró seis horas durante las cuales hubo actos de valor por ambas partes; soberbias cargas de caballería dadas por Lavalleja contra Abreu, que sucumbió en la lucha; temeridades de don Manuel Oribe; pérdidas irreparables como la de Brandzen, muerto al querer cumplir una órden dada por Alvear, y numerosos muertos y heridos de los dos ejércitos, y en particular por parte de los brasileños, que si bien es verdad que se retiraron en buen orden, no es menos cierto que no susufrieron persecución ninguna, por carecer de caballos los soldados de Alvear.

La noticia de esta brillante victoria fué es-

truendosamente celebrada en Buenos Aires; se dió el nombre de Ituzaingó á una nave del Estado; los coroneles Paz y Lavalle (cuyas fuerzas decidieron la batalla) fueron ascendidos á generales, y se decretó un escudo de honor para los vencedores, y más tarde los cordones del triunfo.

188. Nuevos combates.—Después de este memorable acontecimiento Alvear solicitó nuevos refuerzos con objeto de apoderarse de la Provincia de Río Grande, lo que no le habría sido difícil, pero como no fué atendido en su súplica, después de algún tiempo de esperar en vano resolvió abrir una nueva campaña, como asi lo hizo internándose en las sierras de Camacuá con las divisiones de Lavalleja, Oribe, Pacheco, Zufriategui y Lavalle, con las cuales presentó batalla al enemigo el 23 de Abril, venciéndolo y dispersándolo á tal extremo, que, de los 1600 brasileños que formaban las divisiones de Mena Barreto, Bentos González y Bentos Manuel, no saldrían reunidos ni siquiera 400: tal fué el desbande.

Todavía en Mayo, (día 26) Lavalle pegó otro recio golpe logrando deshacer, en el paraje denominado Yerbal, al traidor Calderón y capturar al famoso guerrillero Yacas Teodoro. Inmediatamente el ejército patriota se retiró á Cerro Largo; Alvear se ausentó para Buenos Aires, y Lavalleja, que quedó al mando del ejército, no pudo conseguir que Lecor, que había sustituído al Marqués de Barbacena, abandonase las sierras de Camacuá donde se había guarecido.

189. Campaña naval de Brown. — Iguales éxitos alcanzaban por agua las armas patriotas, pues á principios de 1827 la escuadra de Brown lograba vencer en el Juncal, á la altura de Nueva Palmira, á los buques del almirante brasileño Jacinto Roque Sena Pereira, á quien hizo prisionero. Inmediatamente Brown consiguió romper el bloqueo y entrar triunfante en la ciudad de Buenos Aires con los trofeos de su victoria, que no fué la última, pues pocos días después el osado marino medía otra vez sus fuerzas con las del enemigo frente á Quilmes y en las costas de Patagones. El único adverso fué el combate de Punta de Santiago, en que sufrió pérdidas de mucha consideración, pero lo glorioso de su desastre hizo que el vecindario de Buenos Aires recibiese al marino irlandés con el respeto que merece la desgracia y el entusiasmo que inspira el valor.

CAPÍTULO XXIV

Conquista de Misiones

SUMARIO: — 190. Convención García. — 191. Dictadura de Lavalleja. — 192. Peripecias del general Rivera. — 193. Toma de las Misiones. — 194. Gobierno de Rivera en las Misiones.

190. CONVENCIÓN GARCÍA. — A pesar de todos estos triunfos, Rivadavia comprendía que no era posible continuar la guerra contra el Brasil, tanto por la carencia de recursos como porque la situación interna del país exigía el retorno del ejército de Alvear, á fin de disponer de fuerzas para sofocar cualquier movimiento contrario á la estabilidad del régimen de gobierno imperante.

Resolvió, pues, el presidente comisionar al doctor don Manuel José García para que trasladándose á Río Janeiro, ajustase la paz con el Brasil, como así lo hizo, sobre la base de la incorporación de la Provincia Oriental al Imperio. Esta cláusula, contraria á las instrucciones que García recibiera, provocó un movimiento de opinión tan hondo, general y contrario, que produjo la anulación del convenio y la renuncia de Rivadavia, que fué sustituído en la presidencia por el doctor don Vi-

cente López, quien poco después resignó el mando en don Manuel Dorrego.

191. DICTADURA DE LAVALLEJA. — El día 4 de Octubre de 1827 los jefes principales del ejército, reunidos en el Durazno, acordaron derrocar los poderes públicos de la Provincia Oriental, como lo hicieron, invistiendo al general don Juan Antonio Lavalleja con facultades omnímodas para el ejercicio de la dictadura, siendo inútiles las protestas que formularon, para evitar las consecuencias de aquel acto bochornoso, el Gobernador don Joaquín Suárez y la Junta de Representantes, pues ésta fué disuelta y el gobernador privado del mando supremo, asumiendo Lavalleja todos los poderes.

192. PERIPECIAS DEL GENERAL RIVERA. — Ya dijimos (número 184) que poco después de la batalla del Sarandí el general Rivera había sido llamado á Buenos Aires por el presidente Rivadavia, quien dispuso que el caudillo uruguayo permaneciese en aquella ciudad hasta nueva orden; pero habiendo caído en el desagrado de Rivadavia á causa de la amistad de Rivera con algunos personajes desafectos á la política del presidente, éste ordenó su prisión, la que supo eludir huyendo para Santa Fe, cuyo gobernador, don Estanislao López, le dispensó su protección.

Allí vivió tranquilo algún tiempo, hasta que concibió el magno proyecto de conquistar el vasto territorio de Misiones, cuya idea hizo pública, empezando á reclutar gente para realizarla. Pero, puesta en conocimiento de

Lavalleja, el que á su vez la comunicó al gobierno de Buenos Aires, éste trató de frustrar su plan, en razón de que la toma de Misiones por Rivera anularía los esfuerzos que en aquellos momentos se estaban haciendo en el sentido de la paz entre imperialistas y republicanos.

En vista de que su proyecto no merecía la aprobación de los políticos de Buenos Aires ni de sus antiguos compañeros de causa, Rivera resolvió llevarlo á cabo por su única y exclusiva cuenta, y con los pobres recursos que había logrado reunir, se puso en marcha, siendo seguido de cerca por don Manuel Oribe, enviado en su persecución de orden del gobierno nacional.

193. Toma de las Misiones.—Sin embargo, la astucia permitió á Rivera burlar á su perseguidor y penetrar en las Misiones al frente de 80 hombres, que constituían todas sus fuerzas; y secundado por el capitán don Felipe Caballero, derrotó la guardia avanzada que encontró en aquel territorio, cuando ésta trató de contenerlos en sus marchas.

Vencida la primera resistencia que halló, Rivera fraccionó sus fuerzas en tres divisiones: una bajo su mando, otra que puso á las órdenes de Bernabé Rivera y la tercera que confió á Felipe Caballero, quienes avanzando por aquellas pintorescas y feraces comarcas, fueron de victoria en victoria, sin sufrir el más mínimo contraste, hasta rendir uno después de otro los siete pueblos de Misiones. Baste decir que el gobernador Alen-

cáster emprendió la fuga con sus 300 hombres, y que otra fuerza de 100 soldados se rindió sin pelear.

La actitud de los moradores de las Misiones fué favorable á la ocupación, al extremo de que todos los vecinos que se habían armado á fin de prestar su contingente á las autoridades brasileñas, abandonaron á éstas para colocarse del lado de Rivera, de quien fueron entusiastas admiradores, cautivados por su valor, su audacia, sus sentimientos humanitarios y su trato sencillo y llano.

194. Gobierno de Rivera en las Misiones. — Dueño ya de aquel vasto territorio, dispersas las autoridades imperiales y contando con las simpatías de todos los habitantes de las Misiones, Rivera instaló su gobierno en Itaquí, colocó en los puestos públicos á las personas que más simpatizaban con su credo político, puso en libertad á los prisioneros hechos durante aquella rápida conquista y hasta celebró tratados de amistad y comercio con la provincia de Corrientes; y su influencia llegó á ser tanta que el partido autonomista de Río Grande solicitó su concurso para conseguir la emancipación de esa Provincia.

Todo esto le permitió formar un ejército que alcanzó á contar con más de 3000 hombres, de cuya organización militar se encargó su hermano Bernabé, pues apenas 300 eran soldados de profesión y los demás indios, peones de campo, gentes sin oficio, y aventureros que se habían afiliado á sus bande-

ras atraídos por la fama de generoso y desprendido que gozaba Rivera, y deslumbrados por la aureola de popularidad que rodeaba al audaz conquistador de las Misiones.

CAPÍTULO XXV

La independencia

SUMARIO: — 195. Tratado de paz. — 196. Elección del general Rondeau. — 197. Primeros conflictos. — 198. Renuncia del general Rondeau. — 199. Guerra civil. — 200. Trabajos de la Asamblea y jura de la Constitución.

195. TRATADO DE PAZ. — Mientras que Rivera se apoderaba de las Misiones, el ministro inglés residente en la corte de Don Pedro I intervenía en la contienda entre el Brasil y la Argentina, en el sentido de que estos países llegaran á un arreglo pacífico.

Nombrados los plenipotenciarios, iniciaron una serie de conferencias sobre los términos del tratado en proyecto, de difícil realización en virtud de que el Emperador no estaba decidido á conceder la independencia del Uruguay, en la que, á su pesar, tuvo que consentir una vez que llegó á saber la toma de las Misiones por Rivera, aunque imponiendo por condición que aquel territorio le sería devuelto, á lo cual accedieron los plenipotenciarios argentinos. Fué entonces cuando el monarca pronunció la célebre frase: *Con otra discordia como ésta de los jefes orientales, se vienen hasta Porto Alegre: es preciso hacer la paz.*

La convención quedó por fin firmada el día 27 de Agosto de 1827 siendo ratificada el 4

de Octubre siguiente. Según ella, el Uruguay quedaba independiente, y libres sus hijos para adoptar la forma de gobierno que fuese más de su agrado. Además, el Brasil y la Argentina se comprometían á garantizar la indepencia del nuevo Estado durante cinco años.

Conocidos los términos de la convención de paz, Lavalleja, que ejercía dictatorialmente las funciones de Capitán general y Gobernador Provisorio, se apresuró á renunciar su elevado puesto, encargando á su delegado en el gobierno, que convocase al país para que éste eligiese á los ciudadanos que debían formar la Asamblea General Constituyente y Legislativa, como así se hizo instalándose dicha corporación en la entonces villa de San José, á fines de 1828, bajo la presidencia del ciudadano don Juan Silvestre Blanco.

196. Elección del General Rondeau. — El primer asunto que tuvo que resolver la Asamblea fué el nombramiento de la persona que debía gobernar el país hasta que no llegase el momento de la elección del primer Presidente; y como sólo había dos candidatos que aspiraban á quel puesto, que eran Rivera y Lavalleja, y el nombramiento de cualquiera de ellos hubiera despertado rencillas y desagrados de parte de sus respectivos partidarios, la Asamblea eligió Gobernador Provisional al General don José Rondeau, que tantos y tan buenos servicios había prestado á la causa de las libertades públicas de los pueblos del Río de la Plata. Mientras que Rondeau no venía de Buenos Aires á ha-

cerse cargo del puesto que se le confiaba, lo desempeñaría, como Gobernador sustituto, el benemérito don Joaquín Suárez.

En cuanto al General Rivera, tan pronto como supo las condiciones estipuladas para celebrar la paz, se negó al desalojo y devolución de las Misiones, si bien la influencia argentina y el consejo de sus amigos lo inclinaron á abandonarlas regresando al territorio oriental al frente del ejército del Norte, formado por él, y seguido de una gran cantidad de indios misioneros que prefirieron acompañarlo antes que continuar viviendo bajo el dominio del Brasil. Con estos indígenas formó Rivera dos pueblos: *Bella Unión*, que hoy es Santa Rosa del Cuareim, y *San Borja*, que desapareció hace años La Asamblea declaró á Rivera digno y benemérito General, y las tropas que conducía, reducidas á 1.500 hombres, de los 3000 que constituían el ejército del Norte, quedaron incorporadas á las demás del nuevo Estado.

197. PRIMEROS CONFLICTOS. — Una de las primeras medidas del General Rondeau fué la supresión de las comandancias militares de los departamentos, casi todas desempeñadas por partidarios de Lavalleja; hecho que dió por resultado la inmediata renuncia del Ministerio, que creyó ver en dicha supresión el triunfo del elemento riverista y la tendencia, por parte del nuevo gobernante, á anular la influencia del héroe del Sarandí; pero Rondeau conjuró el peligro anulando el precitado decreto, con lo cual volvieron al desempeño

de sus respectivas carteras los señores don Juan Francisco Giró (Gobierno) y don Eugenio Garzón (Guerra), á la vez que se integraba el Ministerio con don Francisco Joaquín Muñoz que entró á ocupar la cartera de Hacienda.

La segunda dificultad con que Rondeau tuvo que luchar fué con la crísis que se produjo con motivo del nombramiento del General Rivera para el desempeño del puesto de Jefe del Estado Mayor del ejército, con cuyo nombramiento no estuvieron de acuerdo los partidarios de Lavalleja, sobreviniendo una nueva renuncia del Ministerio, lo que decidió á Rondeau á nombrar á Lavalleja en sustitución de Rivera, y encargar á éste del Ministerio de la Guerra, cambios que tampoco merecieron la aprobación de una parte de la opinión pública, que creía ver en la actitud del Gobernador Provisional cierta predilección en favor del conquistador de las Misiones, lo que no era cierto, por más que lo que Rondeau pretendía en aquellas circunstancias, era contentar á todos para evitar conflictos.

198. Renuncia del general Rondeau. — El nombramiento de Rivera para el desempeño de la cartera de la Guerra exasperó á los lavallejistas que llegaron á amenazar con la guerra civil si Rondeau no volvía sobre sus pasos, á lo que accedió éste nombrando á Lavalleja para sustituir á Rivera, y confiando á Rivera el importante cargo de Comandante General de campaña.

Tampoco satisfizo este nuevo arreglo á Lavalleja, que en su calidad de Ministro de la Guerra suprimió la Comandancia General de campaña, lo que ocasionó la renuncia del gabinete, que fué integrado con amigos de Rivera. Semejante medida colmó la exasperación del círculo lavallejista, que resolvió entonces hacer trabajos ante la Asamblea á fin de obtener la renuncia de Rondeau, ya que éste no se resolvía á complacerlos en la totalidad de sus pretensiones.

Una serie de intrigas, cuyos pormenores fatigan y entristecen, obligaron, por último, á Rondeau á presentar su renuncia ante la Asamblea, la que, compuesta en su inmensa mayoría de amigos de Lavalleja, se apresuró á aceptarla, eligiendo á éste para reemplazarlo en su elevado cargo.

199. Guerra civil.—No estando de acuerdo el general Rivera con la actitud de la Asamblea, empezó á celebrar reuniones en la campaña en son de protesta, y como Lavalleja consideró este hecho como un acto subversivo, destituyó al primero y salió á campaña con objeto de someterlo, provocación que obligó á Rivera á prepararse para la defensa. La intervención de los amigos de ambos caudillos impidió el estallido de la guerra civil, logrando llegar á un arreglo pacífico entre los partidarios de uno y otro: Lavalleja continuaría en el gobierno del país conservando á Rivera en el puesto de Comandante General de campaña, y Rivera, á su turno, se comprometía á acatar la autoridad de Lavalleja;

de modo que el patriotismo se impuso por entonces á la ambición, sin necesidad de intervenciones extrañas y sin derramamiento de sangre de hermanos.

200. Trabajos de la Asamblea y jura de la Constitución. — Mientras que en la esfera de las ambiciones personales se desarrollaban todos estos hechos, la Asamblea empleaba cuatro meses en discutir la Carta fundamental del país, la que, una vez aprobada, se remitió al Brasil y á la Argentina, á fin de que, de acuerdo con lo pactado, se cerciorasen de que no contenía nada contrario á los intereses de aquellas naciones, las cuales dieron su asentimiento para que fuese puesta en vigencia.

Además de esta delicada labor, la Asamblea se aplicó á la planteación de patrióticas reformas, declarando la libertad del pensamiento, organizando la administración de justicia, creando el uso del papel sellado y aboliendo varios impuestos que eran otros tantos obstáculos para el desenvolvimiento de la riqueza pública.

Sancionada la Constitución, el día 18 de Julio de 1830 fué jurada por las autoridades militares, civiles y eclesiásticas, y todo el pueblo oriental, celebrándose con tal motivo, tanto en la capital del nuevo Estado como en todos los pueblos del interior, una solemne fiesta que anualmente se conmemora como recuerdo glorioso de patria y libertad.

FIN

VOCABULARIO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

A

Armisticio.—Suspensión temporaria de armas entre dos ejércitos en lucha.

Artigas, Manuel.—Nacido en el territorio de la República, era primo hermano del General don José Artigas, cuyas ideas de independencia compartía, aunque no era político ni militar, sino hombre de campo. Con motivo de los trabajos á que estaba consagrado, tuvo que hacer un viaje á Buenos Aires donde lo sorprendió la revolución de Mayo á la cual se plegó formando parte del batallón que, con motivo de los acontecimientos que en 1810 se desarrollaron en la capital del Virreinato, organizó French, incorporándose al ejército del General Belgrano, á cuyas órdenes hizo la desastrosa campaña del Paraguay hasta la retirada de las tropas argentinas á Buenos Aires.

Una vez en esta ciudad, la Junta Gubernativa le confió la misión de pasar á su país natal, como así lo hizo, reuniendo una división con la que puso sitio á la entonces villa de San José; pero, sin suficientes

medios para ello, tuvo que solicitar el concurso de Benavídez, quien voló en su socorro consiguiendo entonces su intento, aunque á Artigas le costó la vida, pues sucumbió á las pocas horas después del triunfo á consecuencia de una herida que recibió en un pie.

Su nombre figura en la pirámide de Mayo, de la ciudad vecina, como una de las primeras víctimas de la revolución de los pueblos del Río de la Plata contra la madre patria.

Artigas, Manuel Francisco.—Después del grito de Asensio, uno de los primeros patriotas en adherirse al movimiento revolucionario fué *Manuel Francisco Artigas*, hermano del primer jefe de los Orientales, al cual se incorporó tan pronto como éste pisó tierra en la Calera de las Huérfanas.

Inmediatamente recorrió las comarcas del Este, organizó una hueste, no muy numerosa, pero sí valiente y esforzada, á la cabeza de la cual se apoderó de Minas, San Carlos y Maldonado, y llevó un contingente de más de 300 hombres, que tanto contribuyeron al glorioso triunfo alcanzado por su hermano en la batalla de las Piedras.

Más tarde siguió á éste á la expatriación ó éxodo del pueblo oriental, viniendo á ocupar un cargo de preferencia en el segundo sitio puesto por los patriotas á la plaza de Montevideo. Sin embargo, las desavenencias que surgieron entre Rondeau y el agitador del pueblo oriental, lo decidieron á retirarse y entregar á otro el mando de los 700 jinetes que tenía á sus órdenes, si bien aceptó el cargo de Delegado de Santa Fe una vez que esta Provincia se declaró por la causa del artiguismo.

Producida la invasión portuguesa del año 1816,

fué elegido por su hermano para organizar las milicias de Canelones, combatiendo siempre á los intrusos, hasta que éstos lo hicieron prisionero conduciéndolo á Río Janeiro, donde lo encerraron en los calabozos de la isla *das Cõbras*, como encerraron á sus compañeros Verdún, Lavalleja, Gadea, Duarte, Andresito, y otros; pero durante el período en que la Banda Oriental estuvo anexada á la monarquía portuguesa, don *Manuel Francisco Artigas* recuperó su libertad.

Asamblea del año XIII.—Mientras que el general Rondeau iniciaba el segundo sitio de Montevideo, Artigas creyó del caso convocar una Asamblea que organizara un gobierno local y eligiese á los Diputados que debieran representar á la Provincia ante el Congreso Nacional.

Más que gobierno local, aspiraba Artigas á la organización de un Cuerpo Municipal que vendría á tener carácter económico, ya que estaría encargado de velar por la tranquilidad pública, defendería los intereses del vecindario, entendería en la administración de justicia, é intervendría en todos los intereses internos del país, siendo nombrado Artigas su Presidente, con la Villa de Guadalupe por capital.

Reunidos en Asamblea los representantes de la Provincia, acordaron nombrar á los Diputados que debían representarla ante el Congreso Nacional, con arreglo á las instrucciones que Artigas les entregó, en las cuales se establecía la adopción del federalismo como régimen de gobierno; la libertad civil y religiosa; la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; la división de los Poderes públicos en tres, Ejecutivo, Legislativo y Judicial; la defensa común de todas las Provincias; la libertad completa de

comercio entre éstas; la aprobación de una Constitución provincial; la anulación del despotismo militar; que no fuese Buenos Aires la capital de la Confederación; que la Provincia Oriental tuviese su ejército propio, etc., etc.

Estas instrucciones, que á grandes rasgos constituyen un programa completo de gobierno, fueron expedidas el 13 de Abril de 1813.

Asensio.—Distinguimos con este nombre un arroyo que descarga sus aguas en el río Negro, por el departamento de Soriano. En realidad son dos los arroyos que se llaman así: el *Asensio Grande* y el *Asensio Chico*, afluente del Grande. Por sus inmediaciones existen unos cerritos llamados también de *Asensio*. La ortografía de esta palabra es muy variable, pues unos escriben *Asensio*, otros *Asencio*, algunos *Acencio* y hasta *Ascencio*, pero en nuestro concepto debe escribirse como nosotros lo hacemos, pues así lo exige la ortografía española de este apellido.

Ayuí.—Arroyo de la Provincia de Entre Ríos, que desagua en la margen derecha del río Uruguay, á corta distancia de la ciudad de Concordia, casi frente al Salto.

B

Belgrano, Manuel.—Nació en Buenos Aires el 3 de Junio de 1770, en cuya ciudad recibió su primera educación, siendo después enviado á España donde la completó cursando jurisprudencia en la célebre universidad de Salamanca, pero su vida militar y política principia con la revolución de Mayo. Constituído un gobierno local por los patriotas argenti-

nos, Belgrano fué elegido por el pueblo para formar parte de él en compañía de Saavedra, Castellí, Azcuénaga, Matheo, Alberdi y Larrea.

Entre las varias disposiciones que adoptó la Junta revolucionaria, una de ellas fué la de enviar un ejército al Paraguay, cuyos habitantes se negaban á reconocer la legalidad del gobierno de Buenos Aires. Se confió la expedición á Belgrano, quien, si al comenzar la campaña tuvo el pequeño triunfo de Campichuelo, éste fué seguido de dos contrastes irreparables: uno en Paraguarí y en Tacuarí el otro, viéndose obligado el General argentino á retirarse con los restos de sus divisiones.

Habiéndose lanzado á la sazón el grito de libertad en la Banda Oriental, *Belgrano* recibió la orden de ponerse en marcha con las mermadas fuerzas que le quedaban de aquella funesta campaña, y hacerse cargo de la dirección de la guerra que, iniciada por Viera, Benavídez y Fernández, había estallado en el territorio uruguayo

Belgrano llegó á la Concepción del Uruguay el mismo día que Artigas desembarcaba en la Calera de las Huérfanas, y mientras que el jefe de los Orientales ponía en pie de guerra á toda la campaña uruguaya, Belgrano establecía su cuartel general en la villa de Mercedes, siendo una de sus primeras medidas formar dos divisiones: una bajo el mando del promotor de la insurrección, y otra que estaría á las órdenes de Manuel Francisco Artigas.

Pero *Belgrano* no tuvo tiempo de desarrollar sus planes, en razón de que, mientras estaba madurándolos, Artigas y los suyos libraban con éxito los primeros combates con los españoles, posesionándose rápidamente de la zona del Oeste. Además, en los

primeros días de Mayo, *Belgrano* fué llamado á Buenos Aires á fin de que levantase los cargos que se le hacían con motivo de su desastrosa campaña del Paraguay, ordenándole también la Junta Gubernativa que entregase el mando de todas las fuerzas á su segundo, que lo era Rondeau, como así lo hizo.

Tal fué la breve participación que *Belgrano* tuvo en los acontecimientos militares de la entonces Banda Oriental.

Benavídez, Venancio. — Compañero de Pedro Viera en el movimiento separatista conocido en la Historia con la denominación de *Grito de Asensio*, se plegó á las fuerzas de Artigas tan pronto como éste desembarcó en la Calera de las Huérfanas, desde cuyo punto se encaminó hacia el interior, figurando brillantemente en las acciones del Colla, San José y la Colonia.

Sin embargo, envidioso de la gloria del caudillo uruguayo y no pudiendo ocultar este sentimiento, se puso al servicio de la Junta de Buenos Aires con el grado de teniente coronel, que ésta la había conferido anteriormente.

Benavídez se dirigió á las provincias del norte, donde ardía también la guerra contra los españoles, con los cuales al poco tiempo hizo causa común, á consecuencia de un desagrado que tuvo con su jefe inmediato, privando así al general Belgrano de un elemento valiosísimo.

Murió de un balazo en la batalla de Salta, dada el 20 de Febrero de 1813 entre realistas y patriotas.

Brown, Guillermo. — Marino irlandés que vino al Río de la Plata en 1809 formando parte de la dotación de un buque mercante. Aquí obtuvo el mando de una goleta, con la cual hacía frecuentes viajes en-

tre Montevideo y Buenos Aires. Sus cualidades de hombre práctico en la marina, su carácter osado y las simpatías que públicamente manifestara por la revolución de Mayo, le granjearon la confianza de la Junta revolucionaria de la ciudad vecina, la cual le confió el mando de la escuadrilla que contrarrestó el poder de los realistas que todavía se sostenían en Montevideo. Sin embargo, el choque con los buques españoles le fué funesto, pues tuvo que retirarse después de haber sufrido pérdidas enormes, si bien en un segundo encuentro logró triunfar y, además, apoderarse de la isla de Martín García. Pocos días después obtuvo una nueva victoria sobre otra escuadra española salida en procura de Brown del puerto de Montevideo, cuya ciudad se vió, por último, obligada á capitular.

Esta heróica campaña fué seguida de otra llevada á cabo en las aguas del Océano Pacífico, donde llegó la escuadra de Brown rompiendo el fuego contra las poderosas baterías españolas del Callao, aunque sin mayor resultado, lo que lo decidió á dirigirse á Guayaquil, donde repitió su hazaña para después volver á Buenos Aires con el único buque que le quedó de esta poco lucida empresa: la fragata *Hércules*.

Tomó una parte muy activa durante la campaña de 1825 contra el Brasil, librando infinidad de combates con barcos imperialistas, sobre los que casi siempre obtuvo los laureles del triunfo. Terminada la guerra contra el Imperio, el Congreso argentino recompensó de todos modos los servicios prestados por Brown á la causa de la independencia de los pueblos ríoplatenses.

Durante la Guerra Grande, Brown se puso al ser-

vicio del tirano Rosas, pero su actuación dejó de ser brillante, anulando su poder y audacia las fuerzas aliadas de Francia é Inglaterra, que en esa época ayudaron al gobierno de Montevideo, el cual luchó durante nueve años por las libertades de los pueblos del Río de la Plata.

Terminado con la fuga del déspota argentino este largo período de sangre y de vergüenza, Brown sirvió á los gobiernos que sucedieron á Rosas, desempeñando diferentes comisiones, hasta que el 3 de Marzo de 1857 falleció en Buenos Aires á los 80 años de edad.

C

Calera de las Huérfanas. — Campo situado en las proximidades de la villa del Carmelo, en el Departamento de la Colonia. Perteneció al fisco hasta 1777, en que fué vendido al colegio y hospicio de las Huérfanas, de Buenos Aires, cuya institución explotaba en él una calera, y de ahí que sea conocido en la Historia por *Calera de las Huérfanas*.

Cisplatina, Provincia. — Nombre que el Brasil aplicó al territorio de la actual República Oriental del Uruguay mientras estuvo bajo su dominación.

Colla. — Arroyo del Departamento de la Colonia, jurisdicción de la villa del Rosario, que desagua en el arroyo de este último nombre, á la altura del pueblo de La Paz.

Corsario. — Dícese del que manda alguna embarcación armada en corso. La misma denominación se aplica al buque armado en corso.

Corso. — Campaña que hacen por el mar los buques mercantes con patente ó autorización de su gobierno para perseguir á los piratas y embarcaciones enemigas.

Criollo. — Llámase así al descendiente de extranjeros no americanos nacido en las regiones del Plata.

CH

Chuquisaca. — Ciudad capital de la actual República de Bolivia. También se la llamó La Plata, nombre que posteriormente le fué cambiado por el de Sucre, general venezolano que contribuyó más que nadie á la emancipación del Alto Perú, y triunfó de los españoles en la célebre batalla de Ayacucho, lo que no impidió que fuese asesinado por sus correligionarios al ir á tomar posesión del gobierno del Ecuador, cuya presidencia se trataba de confiarle.

D

Dragón. — Soldado que hace el servicio igualmente á pie que á caballo.

E

Éxodo. — Voz griega que significa *salida*, y por eso se llama así á la salida de los israelitas de Egipto, hecho que, según los libros sagrados, tuvo lugar 1500 años antes de Jesucristo. Equivale á peregrinación de un pueblo errante.

F

Fernández, Román Rosendo. — Es indudable que el verdadero jefe del movimiento emancipador del 28 de Febrero de 1811 no fué Venancio Benavídez ni Pedro José Viera, sino don *Román Rosendo Fernández*, á la sazón Comandante militar de Capilla Nueva, ó sea Mercedes, pues no es posible que Artigas confiase la iniciativa de un acto tan trascendental como aquél á dos personalidades obscuras y sin influjo en la sociedad, ya que Benavídez era un simple cabo de milicias, y Viera (llamado Perico el bailarín por su habilidad en bailar con zancos) un humilde capataz de estancia.

Tan exacto es esto, que en la nota elevada por Fernández á la Junta gubernativa de Buenos Aires, con fecha 1.° de Marzo de 1811, le decía el Comandante militar de Mercedes á la suprema autoridad revolucionaria, que « desde el 24 de Febrero tenía dispuesta su gente, habiendo nombrado por su segundo á don Pedro Viera ».

Como quiera que sea, lo cierto es que Fernández, que había nacido en Montevideo, principió su carrera militar á últimos del siglo XVIII sirviendo desde entonces en las milicias españolas en calidad de Alférez de Blandengues. Tomó participación en la lucha contra los ingleses y llegó al grado de Alférez de línea en 1807. Asistió á los dos sitios de Montevideo alcanzando el grado de Teniente Coronel en 1814, después de cuya fecha pasó á prestar sus servicios en el ejército auxiliar del Perú y, más tarde, en el que hizo la campaña contra el Brasil. Desde entonces ocupó diferentes puestos militares,

hasta que durante el gobierno del General Oribe fué dado de baja de las filas del ejército, con 81 jefes y oficiales más, aunque en 1839 ingresó de nuevo en calidad de Coronel, grado que conservó hasta su fallecimiento acaecido el 23 de Marzo de 1858.

G

Guayabos, Batalla de. — Las tropas artiguistas que triunfaron de las argentinas en la célebre batalla de Guayabos, estaban mandadas por don Fructuoso Rivera y no por don Rufino Bauzá, como ha pretendido inútilmente demostrarlo un apasionado historiador uruguayo. El buen sentido y la documentación oficial y particular confirman nuestro aserto.

H

Haedo. — El rincón de las Gallinas, donde se dió el combate así llamado, es conocido también con la denominación de *Rincón de Haedo*.

I

Idiosincrasia. — Temperamento individual, complexión peculiar de cada individuo.

J

Junta de Montevideo. — Habiendo el pueblo de Montevideo, en Cabildo abierto celebrado en esta ciudad el día 21 de Septiembre de 1808, desconocido la autoridad del Virrey del Río de la Plata, re-

solviendo elegir una Junta para su gobierno, hoy este hecho se considera por algunos como el paso inicial del Uruguay en la senda de su emancipación política; y así lo expresa una chapa de bronce colocada en el frente del edificio del Cabildo de esta ciudad, asiento actual de la Representación Nacional.

L

Latorre, Andrés. — Militar patriota de la época de la independencia, que sirvió con el General Artigas en calidad de Jefe de Estado Mayor, aunque fué poco afortunado en sus campañas contra Portugal. Propagó, con las armas en la mano, por diferentes provincias argentinas, y en particular por la de Santa Fe, la idea artiguista de la federación, y contribuyó, con el esfuerzo de su brazo, á la caída de Alvear.

En la campaña de los Treinta y Tres el coronel Latorre sirvió á la República con tanta habilidad y patriotismo, que Lavalleja quiso darle el empleo de General, que desechó por segunda vez, pues ya le había sido ofrecido con anterioridad.

En defensa del gobierno constitucional de don Manuel Oribe, hizo prodigios de valor y de estrategia en las sublevaciones que á la sazón estallaron, lo que no impidió la caída del Presidente.

Cualesquiera que fuesen las ideas políticas del coronel don Andrés Latorre, es preciso reconocer que fué un buen patriota, un militar valiente é ilustrado y un político sin ambiciones, como lo prueba el hecho de haber declinado cuatro veces la elevada gerarquía de General.

M

Metropolitano. — Lo que pertenece á la metrópoli. Algunos historiadores distinguen á los españoles con este nombre.

Muesas, Muerte de. — Aunque casi todos los historiadores afirman que el brigadier español don Vicente Muesas murió á manos de sus enemigos en la batalla del Cerrito, no faltan otros que sostienen que, si bien es cierto que sucumbió en esta función de guerra, no es menos verdad que su muerte fué debida á un ataque de apoplegía fulminante, lo que no sería difícil, si se tiene presente que Muesas era un hombre sumamente grueso, y que el excesivo calor que hubo el día de la batalla, y el temperamento sanguíneo del pundonoroso militar realista, son circunstancias que bien pudieran haber contribuído á su repentino fallecimiento.

N

Negros, Caserío de los. — Recibía esta denominación un grupo de construcciones situadas sobre la costa, entre los desagües de los arroyos Miguelete y de Seco. Servían para alojar á los negros esclavos durante la época de la dominación española, haciendo las veces de asilo, lazareto, hospital y aún cementerio.

O

Ostracismo. — Emigración ó forzada ausencia á que suelen dar ocasión los trastornos políticos.

P

Paso del Rey y San José. — Son dos acciones de guerra que suelen confundirse y hasta reducirse á una. La primera tuvo lugar el día 21 de Abril de 1811 en el paso del Rey del río San José, entre tropas españolas al mando del Teniente Coronel don Joaquín Gayón y Bustamante y fuerzas patriotas dirigidas por Manuel Artigas y Baltasar Vargas. Triunfantes las últimas obligaron á las primeras á retirarse encerrándose en la hoy ciudad de San José á cuya defensa se preparan los realistas. Los patriotas, á su turno, rodean el pueblo y se inicia el segundo combate, de resultados favorables para éstos que lograron la victoria, aunque con pérdida de uno de sus jefes, pues sucumbió Manuel Artigas á consecuencia de que un casco de metralla le destrozó un pie. Este segundo combate y sitio principió el 22 del precitado mes concluyendo el 25 del mismo, con dos días (23 y 24) de suspensión de hostilidades por parte de los patriotas, á fin de recibir nuevos refuerzos.

Peninsular. — Se reconoce con esta denominación, en la historia de la República, á los españoles, por el hecho de haber nacido en la Península Ibérica.

Potrero del Arapey. — Hállase en el Arapey Grande á unos ocho kilómetros del paso del Horno, en el departamento del Salto.

Primer Congreso Oriental. — Se conoce con esta denominación el provocado por el General Rondeau durante el segundo sitio de Montevideo, Congreso que tuvo lugar en los días 8, 9 y 10 de Diciembre de 1813 en la capilla del Niño Jesús, situada en la

chacra de don Francisco A. Maciel, sobre las márgenes del arroyo del Miguelete, á cuya reunión no asistió el General don José Artigas en razón de haberse resuelto que los congresales se reunirían en el campamento de este último.

Las declaraciones de este Congreso fueron las siguientes: 1.ª Que los 23 pueblos que á la sazón existían con todos los territorios de su jurisdicción formaban la Provincia Oriental. 2.ª Que la Provincia Oriental sería una de las del Río de la Plata. 3.ª Que estaría gobernada por una Junta compuesta de tres ciudadanos elegidos por la Representación popular. 4.ª Que se nombrarían también tres Diputados para representar á la Provincia en el Congreso Nacional.

Este acuerdo produjo el enfriamiento de relaciones entre Rondeau y Artigas, y por último la retirada de éste del asedio de la plaza, pues Artigas consideró que era un desaire que se le hacía, sin contar con que el Congreso del Miguelete era la anulación de la Asamblea reunida por el Jefe de los Orientales en Abril del mismo año. (Véase ASAMBLEA DEL AÑO XIII.)

R

Ratas, Isla de las. — Islote situado en las proximidades de la costa del Cerro, en la rada de Montevideo. Primeramente se le llamó isla de las *Guerrillas*, después de las *Gaviotas*, luego de los *Conejos*, inmediatamente de los *Franceses*, más tarde de las *Palomas*, de los *Patos*, de la *Pólvora*, de las *Ratas* y por último de la *Libertad*, que todavía conserva, aunque es más conocida con su penúltimo nombre.

Rondeau, José. — Aunque natural de Buenos Aires, prestó muchos y valiosos servicios á la causa de la libertad é independencia uruguaya. Contemporáneo de Artigas, sirvió en el cuerpo de Blandengues, tomó parte en la defensa de Montevideo cuando esta plaza cayó vencida por los ingleses, fué nombrado jefe superior de las fuerzas que operaban en el territorio oriental en la época en que los hijos de este suelo iniciaron la lucha por su independencia, triunfó de las armas españolas en la batalla del Cerrito y dirigió el segundo sitio de Montevideo hasta la venida de Alvear que lo reemplazó en el mando. Separado de éste, se le confió el del ejército argentino que luchaba en los Andes contra los realistas, quienes lo vencieron en la famosa batalla de Sipe-Sipe.

Tan luego como la Provincia Oriental obtuvo su independencia, Rondeau fué elegido Gobernador Provisorio, ínterin el país se constituía definitivamente como nación soberana, pero las desavenencias entre los partidos de Rivera y Lavalleja, quienes empezaron á disputarse la futura presidencia de la República, le obligaron á renunciar el elevado cargo que desempeñaba y ausentarse para Buenos Aires.

En la siniestra época de la tiranía de Rosas volvió á Montevideo, donde fué nombrado Ministro de la Guerra durante el segundo gobierno del General Rivera (1839) y más tarde miembro del Consejo de Estado.

Falleció en Montevideo, el día 18 de Noviembre de 1844 á la edad de 71 años.

S

Sarandí, Batalla de. — Esta acción de guerra no sólo debe considerarse como el triunfo más completo de las armas uruguayas, tal es su brillo y esplendor, sino también de grandísima transcendencia para el porvenir de la nacionalidad, ya que trajo aparejado el poderoso auxilio de la Argentina y con él la campaña del Brasil, la victoria de Ituzaingó y, por último, la independencia absoluta y constitución definitiva de la República.

T

Treinta y Tres, Los. — Según los documentos más fidedignos, los 33 patriotas que realizaron la memorable cruzada del 19 de Abril de 1825 fueron los siguientes: 1, Juan Antonio Lavalleja; 2, Manuel Oribe; 3, Pablo Zufriategui; 4, Simón del Pino; 5, Manuel Lavalleja; 6, Manuel Freire; 7, Jacinto Trápani; 8, Gregorio Sanabria; 9, Manuel Meléndez; 10, Atanasio Sierra; 11, Santiago Gadea; 12, Pantaleón Artigas; 13, Andrés Spíkerman; 14, Juan Spíkerman; 15, Celedonio Rojas; 16, Andrés Cheveste; 17, Juan Ortiz; 18, Ramón Ortiz; 19, Avelino Miranda; 20, Carmelo Colmán; 21, Santiago Nievas; 22, Miguel Martínez; 23, Juan Rosas; 24, Tiburcio Gómez; 25, Ignacio Núñez; 26, Juan Acosta; 27, José Leguizamón; 28, Francisco Romero; 29, Norberto Ortiz; 30, Luciano Romero; 31, Juan Arteaga; 32, Dionisio Oribe; y 33, Joaquín Artigas.

V

Viera, Pedro José. — De origen humilde, era natural de la provincia de Río Grande del Sur, en la que pasó sus primeros años hasta que ingresó en el cuerpo de *Chimangos*, del que desertó en 1805 trasladándose á la entonces Banda Oriental. Producida la invasión inglesa marchó con Liniers á la reconquista de Buenos Aires en calidad de voluntario, pero una vez que las tropas británicas se retiraron del Río de la Plata, Viera se dedicó á trabajos de campo como capataz de la estancia de Almagro en el Departamento de Soriano.

Ya espontaneamente, ya solicitado por don Román Fernández, Comandante militar de la Capilla Nueva, ó sea Mercedes, Viera, secundado por Benavídez, logró reunir en el paso de Denis, del arroyo Asensio Grande, á unos cien campesinos de esa comarca, quienes tan bien resueltos como mal armados, el día 28 de Febrero de 1811 se levantaron contra la autoridad española poniéndose bajo las órdenes de la Junta revolucionaria de Buenos Aires, é incorporándose á Artigas desde el momento en que éste desembarcó en la Calera de las Huérfanas, con objeto de sublevar á toda la campaña uruguaya, en favor del nuevo régimen proclamado por el elemento criollo de la vecina ciudad.

Emprendidas las operaciones por Artigas y los suyos, Viera asistió á la toma de la ciudad de la Colonia y á todo el primer sitio de Montevideo, siguiendo al Jefe de los Orientales en su histórico éxodo; pero cuando Sarratea se puso al frente del ejército, desertó de las filas de Artigas para seguir

al improvisado militar argentino, del que poco después también defeccionó á fin de incorporarse al General Rondeau que ya había iniciado el segundo sitio de la plaza.

Cuando se organizó el célebre regimiento N.° 9, se fué con el Coronel Pagola, é hizo con esta unidad táctica la campaña de los Andes con San Martín, Bolívar y Sucre, hasta la sonada victoria de éste sobre las tropas realistas en Ayacucho, pero no volvió por entonces al Plata, por haberse casado en el Perú, siendo ya coronel de caballería, con una opulenta señorita.

Producida la temeraria cruzada de los Treinta y Tres, pidió su separación á Bolivar, y se vino con su familia á Río Janeiro presentándose al Emperador quien, accediendo á sus deseos, dispuso que fuese reconocido en su grado, é incorporado al ejército imperial, destinándolo á las fuerzas que se hallaban en Río Grande, para donde envió á su familia, mientras que él permanecía algún tiempo más en Río Janeiro esperando sus despachos.

Este viaje fué una gran desgracia para Viera, que perdió en él no sólo su fortuna sino á toda su familia, á causa de haber naufragado la embarcación en que iban sus caudales, su esposa y sus hijos, que todos perecieron.

Sin embargo, sirvió al Brasil desde antes de Ituzaingó hasta la Convención de paz del año 28, después de cuyos acontecimientos tomó estado por segunda vez en Bagé, con una dama brasileña, y formó familia de nuevo.

En 1835 tomó parte activa en el movimiento separatista de Río Grande, sirviendo á las órdenes de Bentos Gonzálvez. Fracasado éste, se retiró del ser-

vicio militar en 1844, llevando vida holgada y tranquila desde esta fecha hasta 1862 en que falleció en Vallés.

Z

Zufriategui, Pablo. — Nació en 1780, siguió la carrera de la marina de guerra, y abrazó la causa de la revolución tan pronto como Artigas sublevó contra la dominación española á los criollos de la Banda Oriental.

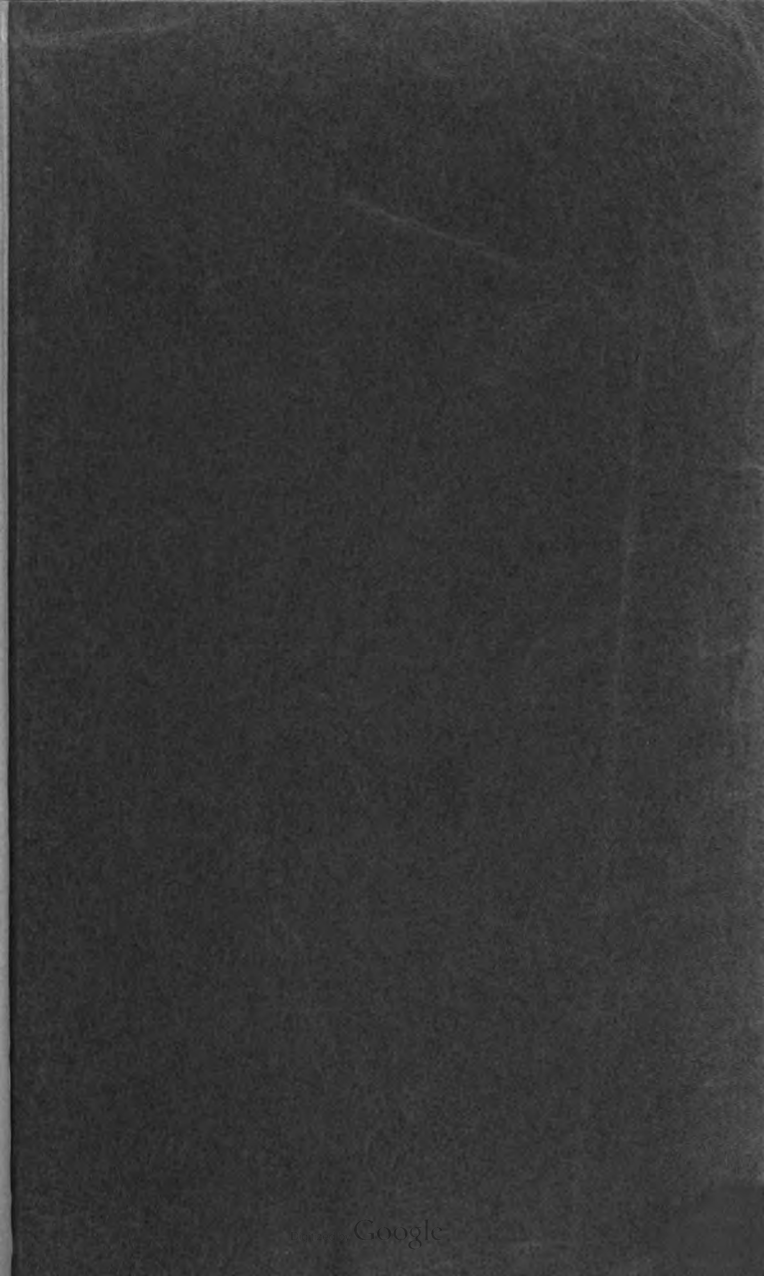
Durante el primer sitio de Montevideo sirvió á las órdenes de Rondeau, que sitiaba la plaza, pero como quiera que los patriotas se resintiesen de la falta de pólvora, el General de los sitiadores organizó una expedición, cuyo mando confió á don Pablo Zufriategui para que, trasladándose del campamento del Cerrito acompañado de 80 hombres, que irían embarcados en varios lanchones, asaltaran la isla de Ratas y se apoderasen de los pertrechos de guerra que los españoles tenían allí depositados, como así lo efectuó Zufriategui con todo éxito en la noche del 15 de Julio de 1811, después de dar muerte al comandante don Francisco Ruiz, clavar la artillería y hacer prisionera á toda la guarnición. Este hecho y otros subsiguientes le valieron ser declarado Benemérito de la patria en grado heróico, con las medallas de los vencedores del Cerrito y de Montevideo en el pecho, y un escudo de honor en el brazo por otra acción de guerra en que tuvo el mando principal.

Acompañó á Lavalleja en la cruzada del año 25 siendo nombrado Jefe de Estado Mayor del ejército y más tarde Comandante General de Armas de la

Provincia. En la batalla del Sarandí mandó el ala derecha del ejército patriota, fué jefe del asedio de Montevideo, y Lavalleja le confió una misión reservada ante el gobierno de Buenos Aires.

Durante la campaña del Brasil se preocupó de disciplinar y organizar cuerpos, como organizó el batallón número 3, hasta que Alvear le dió el mando del regimiento de caballería N.° 8, nombrándolo además jefe de una división con la cual, el 8 de Febrero de 1827, se apoderó del pueblo de San Gabriel. Al frente de ella estuvo en Ituzaingó el 20 del mismo mes, y en la acción de Camacuá el 22 de Abril.

En 1832 sirvió con Lavalleja en la revolución de éste contra el Presidente Rivera, teniendo que emigrar al Brasil después de la acción de Tupambaé (18 de Septiembre de 1832) en que los sediciosos fueron vencidos por las tropas legales; pero vuelto á la tierra de su cuna al cabo de cuatro años, no se afilió á ningún partido, y retirado de la vida pública falleció en 1841.




750



